

**La vejez para sí mismas. Un acercamiento desde las trayectorias de
participación comunitaria de las mujeres mayores de Cerro Norte,
Bogotá**

**Monografía de grado
Escuela de Ciencias Humanas
Programa de Antropología
Universidad del Rosario**

Presentando por: Camila Andrea Martínez Vivas

Dirigido por: Christopher Eugene Courtheyn

2019

Agradecimientos

A mi abuela Elena, la matriarca, quien con su ejemplo de fortaleza ha educado dos generaciones. A mis tías por iluminar el camino que me falta por recorrer. A mi madre, mi ancla y mi motor. Gracias por aguantarme en las épocas difíciles, por empujarme a continuar cuando me faltan las ganas, y ante todo por el amor incondicional.

A mis padres, quienes han apoyado mis estudios y todos mis proyectos.

A Nicolás y a Velis, mis más cercanos compañeros de travesía universitaria. Gracias por las charlas antropológicas y las no-antropológicas; por compartir conmigo las angustias profesionales, la fiesta, el baile, los fracasos y las pequeñas victorias cotidianas. Gracias por aportar al camino empedrado pero satisfactorio que ha sido la conclusión de esta monografía, al tener sus oídos abiertos a mis múltiples dudas y angustias, y al aportar con sus consejos. A Nico por llenar de calma mis días agitados.

A Hermencia por abrirme las puertas de Cerro Norte. A ella, Ascensión, Carmen, Clemencia y Rosa por compartir sus vidas conmigo. A las abuelas, “las conquistadoras”, por su disposición y su gratitud.

A Christopher Courtheyn, mi director de tesis, por su interés en este proyecto incluso cuando estaba germinando, por tener fe en él en las distintas formas que tomó hasta su resultado final. A Claudia Cortés y María Yaneth Pinilla cuyos comentarios ayudaron a fortalecer este escrito.

Contenido

Introducción.....	4
Contexto de la vida comunitaria en Cerro Norte	9
Metodología	12
Categorías de análisis.....	16
Participación comunitaria.....	16
El trabajo comunitario y el trabajo de cuidado	21
“Viejos”, “ancianos”, “adultos mayores”, “tercera edad” ... ¿A qué nos referimos cuando hablamos de vejez?	24
Capítulo I: La participación comunitaria en la juventud	28
La socialización en el cuidado: hacerse cuidadoras en el hogar	29
La participación como respuesta a la precariedad y la segregación social	33
El trabajo comunitario como herramienta de transformación.....	45
Capítulo II: El ámbito comunitario en la vejez. Un espacio para sí mismas	50
Definirse a sí mismas según su edad: mujeres no-viejas	51
La vejez, una etapa para sí mismas	56
El cuidado comunitario en la vejez:.....	62
Trabajar para reconstruir el tejido comunitario	67
La participación en el espacio comunitario como un modo de autorrealización de las mujeres no-viejas	68
Redes de mujeres, redes de cuidado	70
Conclusiones.....	75
Bibliografía.....	80

Introducción

Hermencia, líder comunitaria del barrio Cerro Norte ubicado en la localidad de Usaquén, me invitó por teléfono a la primera reunión del 2018 del Club de Abuelos “Los Conquistadores”. Durante los años 2016 y 2017 la Fundación Niño Jesús apoyó el funcionamiento del Club mediante talleres dictados por profesionales capacitados, los cuales estaban dirigidos al adulto mayor. Así mismo, donó presupuesto para refrigerios que se daban a los abuelos durante los talleres; les preparó eventos como caminatas, recorridos y celebraciones de navidad; les daba anchetas y regalos en ocasiones especiales; y les dio descuentos para acceder a prótesis dentales, audífonos y gafas. En la reunión a la que Hermencia me invitó, celebrada los últimos días de enero, Hermencia expuso ante los abuelos y demás miembros del Club que la Fundación no lo patrocinaría más. A pesar de esa situación, ella consideraba: *“no podemos perder lo que hemos aprendido con la Fundación ni abandonar este espacio. Tenemos que volvernos autónomos y hacerlo nosotros mismos, así lo vamos a hacer este año”* (Apuntes de campo, 30 de enero de 2018).

Hermencia, de 62 años, propuso el modo en el cual “Los Conquistadores” debería funcionar a partir de entonces: los abuelos y las abuelas se organizarían en diferentes grupos o comités de trabajo autónomo. Cada comité debería planear y realizar las actividades del Club un día de la semana de acuerdo con el eje temático de ese día: los lunes serían sobre salud; los martes, educación; jueves, cultura; y viernes, trabajo. Las actividades de los miércoles estarían al mando de entidades estatales como Biblored y el Instituto de Recreación y Deporte (IDRD). La propuesta por comités nunca llegó a realizarse durante mi tiempo en campo. Este fracaso lo atribuyo a dos razones: por una parte, los abuelos y abuelas eran inconsistentes en su asistencia al Club y el trabajo por comités requería lo contrario. Por otro lado, porque no estaban interesados en organizarse en comités de trabajo autónomo: no sabían cómo hacerlo ni qué actividades planear; o porque estaban en un estado senil que les dificultaba realizar este trabajo.

A las pocas semanas de que el Club reabriera sus puertas, la asistencia de abuelos y abuelas comenzó a bajar paulatinamente. Un día noté que una mujer se había ido del Club y

regresado un par de horas después al momento del almuerzo. Le conté de ello a Ascensión, enfermera de 64 años, quien llevaba registro de la tensión de los abuelos y hacía otras labores en el Club. Al respecto, ella comentó: *“Menos mal hay almuerzo, porque ese es el gancho. O si no otros más también se hubieran ido”* (Apuntes de campo, febrero 15 de 2018). Esta respuesta me hizo cuestionarme a qué se debía la inasistencia cada vez más notoria de abuelas y especialmente de abuelos. Un mes después de ese incidente, decidí llegar temprano al Club de Abuelos para ayudar a subir a un lote en lo alto de Cerro Norte palas, picas y otras herramientas para hacer las actividades agrícolas que se harían ese día al igual que los demás viernes. Aproveché que Hermencia estaba sola en la cocina del Club para hablar sobre la duda que Ascensión me había generado. Le pregunté: *“¿y si los abuelos están viniendo al Club por el almuerzo?”*. Después de negar con la cabeza Hermencia me contestó:

A ellos les gusta mucho las actividades, y estar entre ellos, les sirve para distraerse. Doña Consuelo por ejemplo, esa señora es terrible en la casa, tiene problemas con los hijos porque es más cascarrabias, pero cuando llega acá esa señora se transforma, es increíble ver lo relajada que se pone acá... y así vinieran solo por el almuerzo a mí no me importaría, porque ya con el hecho que tengan un espacio para ellos, que vengan y compartan eso ya es ganancia” (Apuntes de campo, marzo 16 de 2018).

Esta respuesta de Hermencia me hizo cuestionar la imagen que tenía construida sobre ella y las demás mujeres mayores del Club como líderes políticas, para empezar a verlas como mujeres preocupadas por los miembros de su comunidad, más allá de si comparten o no sus intereses políticos.

Esta investigación parte de un cuestionamiento sobre el papel que han jugado los miembros del Club de Abuelos en la construcción territorial de Cerro Norte, cuestionamiento que fue transformándose en el desarrollo del trabajo de campo. Al comienzo de este, asumí que todos los participantes de “Los Conquistadores” compartían unos intereses políticos y una historia de participación comunitaria. Esta suposición se basó en las afirmaciones de Hermencia, quien utilizaba un lenguaje que tendía a homogenizar la experiencia e intereses de “la comunidad” de Cerro Norte, incluyendo abuelas, abuelos y demás participantes del Club. Durante el trabajo de campo me pude dar cuenta de la heterogeneidad de los miembros del Club en cuanto a su edad, su condición de salud, sus razones de participación, su rol en

el espacio, entre otras cosas. La ausencia de hombres en el espacio me hizo delimitar mis sujetos de estudio y enfocarme en la población femenina, en particular, en las mujeres mayores a quienes describiré más adelante. Es así como, para el desarrollo de esta monografía realicé una categorización que me permite entender mejor a los sujetos de campo que voy a analizar. Establecí dos grupos: aquellas que se agenciaban a sí mismas en el espacio comunitario (a quienes llamé mujeres mayores), en contraste con aquellas que eran dependientes de otros miembros del Club (a quienes llamé abuelas). En esta monografía me enfocaré en las mujeres mayores como sujetos de estudio.

Históricamente hombres y mujeres han participado activamente de la vida comunitaria del barrio Cerro Norte en manifestaciones por los derechos al agua, la educación, la salud y los servicios públicos; y en la construcción de infraestructura de uso comunitario. Particularmente las mujeres se han hecho responsables de los miembros más vulnerables de la comunidad, como niños y adultos mayores. Las mujeres de Cerro Norte fueron actrices y gestoras de los procesos de institucionalización de los cuidados mediante labores como: madres comunitarias, profesoras, y miembros de la Junta de Acción Comunal entre las décadas de 1970 a 1990. Ahora, en otra etapa diferente de sus vidas, “Los Conquistadores” es el escenario principal donde algunas de estas mujeres, en su vejez, participan de la vida comunitaria mediante el ejercicio de cuidar a abuelas y abuelos. Las mujeres que realizan este tipo de participación en el Club han vivido gran parte de sus vidas en Cerro Norte (entre cuarenta y cincuenta años aproximadamente). De modo que sus trayectorias se han entrelazado con las del territorio. Por otro lado, aquellas mujeres mayores que han desarrollado sus vidas en otros territorios y han llegado al barrio en su adultez mayor, se han involucrado de otras formas en la vida comunitaria.

Es interesante preguntarse por las trayectorias de participación comunitaria de las mujeres mayores porque a través de ellas se pueden estudiar las continuidades y rupturas en sus experiencias cotidianas a lo largo de sus trayectorias vitales. Por tanto, nos hablan sobre modos particulares de vivir las diferentes etapas de la experiencia humana. Esta participación, durante etapas anteriores a la vejez, responde a dos lógicas principales: como una extensión del rol de género de las mujeres como cuidadoras; y a un conjunto de acciones con fines transformadores, basadas en una experiencia colectiva de segregación y de

precariedad. Durante la vejez la participación en la vida comunitaria les permite a las mujeres reafirmarse a sí mismas como sujetos de sus propias vidas. De modo que la participación de las mujeres propicia unas formas particulares de vivir la vejez. Es relevante realizar un análisis sobre los procesos de envejecimiento y las experiencias durante esta etapa que partan de “vejez” como una forma de categorización social de la experiencia humana (del Valle, 2002), en medio de una vasta producción bibliográfica desde las ciencias de la salud, donde la vejez recibe un tratamiento peyorativo asociado a la enfermedad y al declive de lo humano (de su capacidad regenerativa, mental, psicológica).

Es innegable que los procesos de envejecimiento y las experiencias de vejez están vinculadas a unos procesos de salud y enfermedad. Desde una perspectiva antropológica también se explican teniendo en cuenta los modos en que las personas se han hecho a sí mismas a lo largo de sus vidas (Osorio, 2006a); a partir de unas estructuras de género, las cuales marcan diferencias en el envejecer de hombres y mujeres (Ramos, 2018); y en general, por un proceso de construcción social de la vejez, el cual se basa en discursos biologicistas y crea estereotipos negativos sobre las personas cobijadas bajo esta categoría (Feixa, 1996; Klein, 2016; Osorio, 2006a, 2006b; Ramos, 2018). De acuerdo con Martínez, Morgante, & Remorini (2010) en las diferentes sociedades existen *modelos institucionalizados sobre las edades*, compuestos por atributos y aptitudes que se esperan de las personas a cada edad; que sirven para definir las etapas y atribuir roles sociales a las personas que transitan por cada grupo etario. La antropología contemporánea debe superar los enfoques clásicos de acercamiento al estudio de la edad, pues si bien los modelos institucionalizados ayudan a organizar el transcurrir de la vida individual, al mismo tiempo están en constante construcción debido a los procesos de cambio sociocultural (Martínez et al., 2010, p. 35). Un estudio antropológico que tenga como sujetos de investigación a un grupo de mujeres mayores, como es el caso de esta monografía, permite conocer formas alternativas de vejez respecto a los modelos institucionalizados de esta etapa. Y así visibiliza la realidad de estas mujeres y de las experiencias de vejez más allá de las formas estereotipadas.

Un estudio sobre las trayectorias de participación comunitaria requiere de un acercamiento antropológico a la participación, que la abarque como uno modo en que los individuos se agencian a sí mismos en el espacio comunitario. Desde las ciencias sociales

hay una carencia en la producción de literatura contemporánea en los debates teóricos sobre “participación comunitaria”. La disciplina del Trabajo Social se ha encargado de hacer reflexiones al respecto pero se acerca al término como una perspectiva metodológica utilizada por los profesionales de la intervención social (Barbero & Cortés, 2005; Duque Daza, 2010). La cuestión por lo comunitario es una de las preguntas fundamentales de la Sociología desde el siglo XIX. Estos debates sobre la cuestión comunitaria, parten de la comunidad como sujeto colectivo que realiza acciones colectivas guiadas por una identidad colectiva (Archila, 2005). Sin embargo, estos acercamiento suelen homogeneizar las experiencias y motivaciones alrededor de la comunidad como un grupo, puesto que no es considerada como tal, sino como un sujeto colectivo. Es necesario un acercamiento a “participación comunitaria” que integre por un lado, la capacidad de agencia individual; y por otra parte, que tenga en cuenta que los individuos realizan dicha agencia dentro de marcos en los cuales inciden unas estructuras. Tal como lo plantea una perspectiva de curso vital.

Teniendo en cuenta lo anterior, en esta monografía analizo las trayectorias de participación comunitaria de un grupo de mujeres mayores. La pregunta que guía esta investigación es: ¿Cómo las trayectorias de participación comunitaria de un grupo de mujeres mayores del Club de Abuelos “Los Conquistadores” ubicado en Cerro Norte posibilitan formas particulares de vivir la vejez? Para responderla, he planteado dos objetivos específicos. El primer objetivo es indagar sobre las trayectorias de participación comunitaria de las mujeres mayores. Es decir, cuáles son las razones por las que han participado en el espacio comunitario; cómo esta participación se relaciona con otros aspectos de su vida, en particular, el doméstico y el laboral; y de qué modos han ejercido esta participación a lo largo de sus trayectorias de vida. El segundo objetivo de investigación es analizar sus experiencias de vejez en relación con su pertenencia al ámbito comunitario. Esto incluye, cómo las mujeres se definen a sí mismas respecto a su edad; cómo ciertas rupturas y continuidades respecto a las anteriores etapas de su vida las llevan a participar en el espacio comunitario durante la vejez; y cómo los modos de ejercer esta participación se consolidan de formas heterogéneas.

Mi propósito es aportar al campo de la antropología en un estudio que combina el estudio de la vejez de las mujeres, la participación y el cuidado. Mediante una experiencia de

vejez compartida por un grupo de mujeres mayores quisiera mostrar otras formas posibles de vivir la vejez que se alejen de las formas estereotipadas. Los trabajos de cuidado al estar ligados con las tareas de reproducción son pensados coloquialmente como tareas de mujeres, actividades femeninas per se, no como trabajo como tal. El trabajo comunitario tampoco es considerado como un trabajo como tal. De modo que pretendo visibilizar ambas actividades como lo que son: como trabajos. Esto se puede hacer al exponer cómo en las trayectorias de las mujeres mayores ambos implican un gasto de energía y de tiempo, y requieren también de sacrificios para poderlos llevar a cabo.

Contexto de la vida comunitaria en Cerro Norte

El barrio Cerro Norte está ubicado en los Cerros Orientales al norte de Bogotá, en la localidad de Usaquén. Forma parte de la UPZ¹ San Cristóbal Norte, la cual limita al norte, con la calle 165, la carrera séptima y la calle 170; al oriente, con el perímetro urbano; al sur, con la carrera séptima y la calle 153; y al occidente, con la carrera novena (Humberto & Corredor, 2013). La UPZ se divide en dos: la parte oriental y la parte occidental. Los líderes comunitarios de Cerro Norte le dan a San Cristóbal Norte parte occidental el nombre de “La Mariposa”, pues es la forma que dan la aglomeración de casas de los cerros cuando se observa desde la Autopista Norte. La Mariposa está conformada por siete barrios. En la parte sur o su “ala derecha” están ubicados los barrios La Perla Oriental, Villa Nidia y Cerro Norte. Al norte, en el “ala izquierda” están los barrios Santa Cecilia Alta, Santa Cecilia Alta parte baja, Arauquita I y Arauquita II.

La constitución de Cerro Norte y Villa Nidia comenzó en los años cincuenta, con la llegada de familias de origen campesino provenientes de Boyacá, Cundinamarca, Santander y zonas rurales de Bogotá, que compraron lotes para construir sus casas. Durante esos años, los habitantes explotaron los recursos del cerro ante la inexistencia de servicios públicos,

¹ Las Unidades de Planeamiento Zonal (UPZ) son divisiones administrativas de la ciudad de Bogotá, más grandes que los barrios y más pequeñas que las localidades. Su propósito es “definir y precisar el planeamiento del suelo urbano, respondiendo a la dinámica productiva de la ciudad y a su inserción en el contexto regional, involucrando a los actores sociales en la definición de aspectos de ordenamiento y control normativo a escala zonal” (Artículo 49 del Decreto 190 de 2004 POT).

desde su llegada hasta finales de los sesentas. A partir de la década de 1960 los vecinos de Cerro Norte y Villa Nidia comenzaron a organizarse para construir infraestructura de uso comunitario para suplirse de recursos. A partir de los ochentas, la comunidad se movilizó para reclamar la presencia del Estado en la prestación de servicios públicos, de salud y educación. Ante la respuesta negativa de los entes estatales, mujeres de la comunidad se organizaron y crearon la Coordinadora de Organizaciones Populares para la Defensa de los Derechos de la Niñez. Desde entonces, hasta ahora, la coordinadora ha estado conformada por varias organizaciones entre las que se han encontrado: los Hogares Infantiles, la Escuela Popular Infantil, la Casa Taller, y el Club de Abuelos “Los Conquistadores”.

La comunidad se reunió también alrededor de reclamos más generales como la legalización de los barrios del ala sur La Mariposa, a finales de los ochentas; las marchas por el acueducto y el alcantarillado; y la movilización por la pavimentación de las calles, a mediados de los noventas. A mediados de los ochenta aproximadamente, se instauró en unas casetas prefabricadas al lado del Hogar Infantil de Cerro Norte, el centro de salud del barrio con la ayuda de estudiantes de medicina de una universidad de la ciudad y el impulso de don Benito Moreno, líder de los procesos de salud comunitaria. El centro de salud se encontraba en un lugar peligroso, donde ocurrían accidentes de tránsito con frecuencia, que ponían en riesgo la vida de los prestadores de salud y de la comunidad. Por ello se cerró a mediados de los noventa. A partir de entonces, en el lugar comenzaron a reunirse adultos mayores de 55 años, como iniciativa de don Benito y otros líderes comunitarios. Así nació “Los Conquistadores”, cuyo nombre hace referencia a los primeros pobladores del cerro, quienes conquistaron a la alcaldía mediante su movilización por los servicios públicos, a las universidades y demás organizaciones para realizar proyectos en el territorio. En sus inicios, hombres y mujeres mayores de 55 años se reunían en el Club a jugar tejo, rana y dominó; hacían manualidades, bailes y caminatas al cerro. Con el paso del tiempo ha cambiado el funcionamiento del Club, sus miembros y las actividades que allí se realizan. Actualmente, “Los Conquistadores” es un espacio preponderantemente femenino. En él converge un grupo heterogéneo de mujeres que, de acuerdo con mis observaciones, he categorizado en: mujeres mayores, abuelas y *profes*.

Las mujeres mayores se caracterizan por agenciarse a sí mismas; a pesar de posibles problemas de salud, siguen teniendo una vida autónoma en el espacio doméstico y en el comunitario. Aunque no es un criterio central para su categorización, su edad cronológica oscila entre los 60 y los 75 años. Ellas se pusieron al mando del funcionamiento del Club voluntariamente: mantienen el espacio limpio y en orden para la llegada de los abuelos; les preparan el refrigerio y el almuerzo los días que funciona el Club; organizan rifas, ferias, ventas de productos y otras actividades para tener recursos para sus familias, para el Club o para promover la participación comunitaria. De vez en cuando dirigen las actividades recreativas y lúdicas para las abuelas. Por su parte, las abuelas son dependientes para desenvolverse en el espacio comunitario. Atribuyo esta dependencia a su estado de salud o la influencia de una intervención social asistencialista², que las he hecho pasivas a la participación comunitaria. Su edad cronológica oscila entre los 75 y los 90 y tantos años. Ellas son la población más grande del Club; participan del espacio para unirse con sus pares a charlar, a hacer actividades de ocio, de enriquecimiento personal, o para pasar el rato. Finalmente, están las estudiantes de diferentes universidades y profesiones, quienes realizan sus prácticas profesionales o trabajos de grado. Las abuelas las denominan *profes*. Ellas son las encargadas de las actividades recreativas y formativas como bailes, actividades de calentamientos, de pintura, colorear, talleres de sicología, entre otros. Yo fui parte de este último grupo.

Además de las mujeres, el funcionamiento del Club desde el 2018 ha sido posible gracias a vecinos de Cerro Norte y otras partes de Bogotá que colaboran con aportes en especie o con su tiempo dictando cursos o talleres para los abuelos; y de entidades del distrito como Biblored y la Secretaria de Recreación y Deporte. Durante mi trabajo de campo, entre enero y abril de 2018, las puertas del Club se habrían de lunes a jueves en las horas de la mañana. Adicionalmente, los viernes se reunían un grupo de hombres y mujeres mayores a hacer actividades de agricultura urbana.

² El asistencialismo es una connotación que se asigna a las políticas de asistencia a grupos vulnerables. Esta connotación hace referencia a la capacidad que tienen estas políticas de generar dependencia y subordinación política por parte de sus beneficiarios (Grassi, 2003).

Metodología

Realicé una investigación cualitativa desde un enfoque de curso vital. Este se encarga de estudiar las vidas en movimiento a través de los tiempos históricos y biológicos en los que se organiza socialmente la existencia humana (Elder, 1998), de modo que este me fue de gran utilidad para el estudio de las trayectorias de las mujeres. Como lo señala Blanco, para realizar un análisis longitudinal, estudiar a los individuos mientras envejecen otorga al investigador información y puntos de vista fructíferos, pero por las dificultades que implica seguir a las mismas personas durante años, puede utilizarse a cambio información de carácter retrospectivo (Blanco, 2011). De acuerdo con esto, opté por el uso de técnicas que me permitieran recoger material biográfico de larga data sin hacer un trabajo de campo durante varios años.

En específico, opté por acceder a los relatos de vida de las participantes. Los relatos de vida son una herramienta donde la información biográfica se registra del modo cómo las personas cuentan que han vivido los sucesos que narran; puede utilizarse para hacer historias de vida, construir biografías, para servir como base de datos etnográficos de profundidad diacrónica, o como ilustración en un texto académico (Pujadas, 1992, 2000). El fin de los relatos de vida no es reconstruir minuciosamente la historia de vida de las mujeres mayores sino analizar sus trayectorias de participación comunitaria. Tener una muestra de relatos de vida múltiples, es decir, de varios individuos, da la posibilidad de hacer comparaciones, categorizaciones de los individuos, establecer hipótesis teóricas y generalizaciones sobre un tema (Pujadas, 1992). Para este caso, los relatos de vida múltiples me permitieron establecer tanto las similitudes como las particularidades en la experiencia de vejez de las mujeres, en sus trayectorias de participación comunitaria, y en sus trayectorias de vida en general.

Conocí sobre Cerro Norte por primera vez en el 2016 en internet, buscando un proyecto de agricultura urbana para estudiar. Mi primer contacto allí lo realicé con Hermencia, quien me introdujo a la organización comunitaria a través del proyecto de soberanía alimentaria que se maneja en las huertas de los Hogares Infantiles. A finales de 2017 retomé mi contacto con Hermencia porque tenía interés en hacer una investigación como proyecto de grado, sobre la participación de las instituciones dedicadas al cuidado en la construcción del territorio. En enero de 2018, Hermencia me contó sobre la nueva situación

a la que se enfrentaba el Club con la salida de la Fundación Niño Jesús. Acordamos que yo colaboraría con las actividades cotidianas del Club mientras realizaba la investigación. En la primera reunión del año 2018, el 30 de enero, Hermencia me presentó ante las demás abuelas, abuelos y mujeres mayores como estudiante de Antropología de la Universidad del Rosario. Yo me presenté con ellos y les conté sobre mi intención de realizar la investigación mientras los acompañaba en el espacio y les pregunté si estaban de acuerdo con la situación. Ellos dieron una respuesta afirmativa y me agradecieron por mi acompañamiento. Realicé esta introducción durante dos semanas debido a que, por lo general, todos los días había abuelas nuevas en el Club.

Realicé un trabajo de campo de dos meses y medio de duración aproximadamente entre enero y abril de 2018, en el cual participaron cinco mujeres mayores³ (Tabla 1). El trabajo de campo constó de: un ejercicio de observación participante en el Club de Abuelos “Los Conquistadores”, la realización de un grupo focal, dos entrevistas a profundidad abiertas, la participación en un recorrido realizado al Cerro, y a la Feria del Maíz (Tabla 2). Cuando mis objetivos de investigación fueron perfilándose hacia las mujeres mayores como sujeto de estudio decidí hacer uso del grupo focal (GF) y las entrevistas en profundidad abiertas. Para utilizar estas dos herramientas primero obtuve los consentimientos informados verbales de sus participantes. Con los resultados de las entrevistas y el GF debí replantear de nuevo este objetivo, pues estaba basado en una suposición ficticia: todas las mujeres mayores habían participado comunitariamente en Cerro Norte con unos intereses políticos compartidos arraigados al territorio.

Tabla 1. Información de las participantes

Ascensión
Edad: 64 años (año de nacimiento: 1954)
Lugar de nacimiento: Bogotá
Estado civil: soltera, nunca se ha casado.
Número de hijos: 1
Escolaridad: técnico en enfermería (obtenido en 1975 aprox.)
Llegada a Cerro Norte: aproximadamente sus 20 años (1974)

³ Dando cumplimiento a la normatividad ética en investigación social sobre el anonimato, la confidencialidad y la libre participación he decidido conservar la identidad de cuatro de las mujeres (Ascensión, Carmen, Hermencia y Rosa) de acuerdo con su deseo y mi interés en darle visibilidad a su labor comunitaria en Cerro Norte. La otra mujer (a quien llamaré Clemencia) fue víctima de desplazamiento forzado, por lo que he decidido cambiar su nombre y otra información que pudiera revelar su identidad.

Carmen
<p>Edad: 72 años (año de nacimiento: 1946) Lugar de nacimiento: Bogotá Estado civil: casada. Número de Hijos: 2 Escolaridad: Bachiller Llegada a Cerro Norte: a sus 25 años (1971)</p>
Clemencia
<p>Edad: 70 años (año de nacimiento: 1948) Lugar de nacimiento: Espinal, Tolima. Estado civil: estuvo casada, actualmente es soltera. Hijos: 5. Escolaridad: Bachiller (título obtenido en 2017, como parte de un programa dirigido al adulto mayor). Llegada a Cerro Norte: a sus 66 años (2014)</p>
Hermencia
<p>Edad: 62 años (año de nacimiento: 1956) Lugar de nacimiento: Bogotá Estado civil: estuvo casada, actualmente es soltera. Número de hijos: 4 Escolaridad: Bachiller (título obtenido en la década de los 2000). Capacitaciones mediante talleres y cursos en diferentes temas. Llegada a Cerro Norte: a sus 15 años (1971 aprox.)</p>
Rosa
<p>Edad: 77 años (año de nacimiento: 1941) Lugar de nacimiento: Tota, Boyacá. Estado civil: soltera, nunca se casó. Número de hijos: ninguno. Escolaridad: cursó algunos grados de primaria. Ha realizado cursos de alfabetización para adultos mayores (2017-2018). Llegada a Cerro Norte: a sus 55 años aproximadamente (1992 aprox.)</p>

En el ejercicio de observación participé activamente en el Club de Abuelos liderando actividades diarias para las abuelas y abuelos como ejercicios de calentamiento, de memoria, rompecabezas, bailes, manualidades, etc.; acompañé a las mujeres mayores en la cocina del Club, en los recorridos a sus casas, las de sus vecinas y a otras partes de Cerro Norte, y en la realización de actividades de agricultura urbana. Esta herramienta me permitió tener al mismo tiempo una distancia y un acercamiento a las mujeres mayores. La distancia generacional me hizo posible analizar la vejez como una otredad. La cercanía que logré tener con ellas me permitió acceder a sus sentimientos, expectativas y frustraciones; y en particular el sentido que ellas dan a su participación en el Club. Las mujeres mayores tenían una

disposición a hablar de sus propias vidas, lo cual me facilitó tener un registro de material biográfico nutrido en mi diario de campo. Las libretas de campo de los antropólogos son una fuente de riqueza de relatos biográficos que suelen ignorarse por dar prioridad a otras herramientas para acceder a este material, como señala Pujadas (1992). Por lo que quise sacarle provecho a este insumo antes de recurrir a otras herramientas.

También realicé entrevistas en profundidad abiertas, “(esto es, no directivas) en las que la labor del entrevistador consiste básicamente en estimular al informante para que siga el hilo de su narración, procurando no interrumpirle y manteniendo la atención para orientarle en los momentos de lapsus de memoria” (Pujadas, 2000, p. 139) . Esta herramienta la apliqué con Ascensión y Hermencia, con quienes no pude tener conversaciones profundas durante el ejercicio de observación participante, debido a su ajetreada labor comunitaria y en sus hogares. El hilo de sus narraciones se tejió alrededor de su llegada a Cerro Norte, su participación comunitaria, sus trabajos, sus relaciones conyugales y sus hijos. Mi labor en las entrevistas fue profundizar en ciertos relatos y averiguar sobre el momento actual en la vida de ambas mujeres.

Otra de las herramientas utilizadas fue un grupo focal cuyo objetivo fue fomentar una discusión entre las mujeres sobre la historia de la organización comunitaria de Cerro Norte, el modo en que ellas han participado y los significados que han dado a esa participación. Aunque tenía este objetivo en mente, el grupo focal fue convirtiéndose en un conversatorio en el que las mujeres compartieron aspectos de sus vidas relacionadas con otras cuestiones a parte de su participación comunitaria. De modo que, además de conocer sobre las vidas públicas y políticas de estas mujeres, mediante este ejercicio también puede acceder a relatos biográficos respecto a su vida familiar, doméstica, personal y social.

Además, participé en un recorrido por los barrios Villa Nidia, Santa Cecilia Alta y Cerro Norte organizado por las directivas de los Hogares Infantiles con el objetivo de que las nuevas profesoras conocieran el territorio y los vecinos hicieran un ejercicio de reconocimiento. Del recorrido hicieron parte personas que fueron, son o han sido líderes comunitarios, visitamos los lugares emblemáticos de la organización comunitaria. En esta actividad conocí la historia de la organización desde la narrativa de los miembros de la Coordinadora de Organizaciones Populares (a la que pertenece el Club), el lugar que han

ocupado algunas mujeres mayores del Club como líderes de estos procesos, y la participación de ellas mismas desde su propia voz. El otro evento del que hice parte fue la Feria del Maíz, en la cual participé junto con un grupo de abuelas del Club en muestras culturales bailando danzas típicas.

Tabla 2. Herramientas utilizadas y eventos asistidos

Fecha	Herramienta/ Evento	Organizador o responsable	Participantes
Enero- Abril de 2018	Observación participante	Camila Martínez	Miembros del Club de Abuelos
Febrero 23 de 2018	Recorrido al Cerro	Profesoras de los Hogares Infantiles	Miembros de la Coordinadora de Organizaciones Populares, líderes comunitarios históricos de Cerro Norte y Villa Nidia
Marzo 15 de 2018	Entrevista en profundidad abierta	Camila Martínez	Ascensión
Abril 10 de 2018	Grupo Focal	Camila Martínez	Ascensión, Carmen, Clemencia, Hermencia, Rosa.
Junio 10 de 2018	Feria del Maíz	Coordinadora de Organizaciones Populares de Defensa a la Niñez	Comunidad de Cerro Norte
Agosto 3 de 2018	Entrevista en profundidad abierta	Camila Martínez	Hermencia

Categorías de análisis

Participación comunitaria

La cuestión sobre “lo comunitario” ha sido un gran tema de reflexión antropológica y sociológica desde los comienzos mismos de ambas disciplinas. Entre finales del siglo XIX y mediado del XX la comunidad se constituyó como problema de estudio de la sociología clásica. A partir de 1950, la comunidad ha pasado de ser un sustantivo, es decir, un objeto central de estudio, a un adjetivo. “Desarrollo comunitario”, “participación comunitaria”

“trabajo comunitario” y “organización comunitaria” son algunos de los términos utilizados contemporáneamente en las discusiones al respecto. En la actualidad, las cuestiones por lo comunitario se han expandido más allá de las discusiones teóricas y a otros campos disciplinares además de la Sociología y la Antropología. Javier Duque señala que las referencias a lo comunitario y a la comunidad en la actualidad están sujetas a tres debates principales: sobre el ejercicio profesional de la intervención social (de los trabajadores sociales particularmente); a discusiones teóricas (sobre la existencia o no de comunidades en la modernidad); y a discusiones conceptuales (definición de comunidades de interés, de discurso, de sentido) (Duque Daza, 2010). Adicionalmente y de acuerdo con la literatura consultada, yo señalaría al desarrollismo como cuarto debate fundamental para entender los sentidos contemporáneos de “lo comunitario”, y alrededor del cual giran los otros tres debates.

Por lo general “participación”, “trabajo” y “organización” comunitaria se utilizan indiferenciadamente para referirse a la intervención de los miembros de un barrio, localidad, o población pequeña en proyectos, programas o planes aplicados por entidades gubernamentales y no gubernamentales, con el objetivo de aumentar el nivel de vida de esas poblaciones. Es decir, con el fin de generar un desarrollo comunitario. En los diferentes estudios a nivel internacional, las conceptualizaciones sobre la "participación", el "desarrollo" o el "trabajo" comunitario se asientan en trasfondos ideológicos y connotaciones políticas particulares, de modo que dichas conceptualizaciones no son inocentes (Caballero & Jordi, 2004) ni neutrales. Así, cada uno de estos términos tiene un uso particular de acuerdo con las perspectivas teóricas, disciplinarias o ideológicas desde las cuales se utilice.

Las comunidades comenzaron a considerarse como ámbitos de intervención estatal desde 1920, con la introducción de la teoría del cambio planificado en Estados Unidos. Durante los cincuenta y los sesenta este supuesto tomó fuerza en América Latina, donde se comenzaron a implementar programas de desarrollo comunitario, los cuales fomentaban la participación de la comunidad para mejorar su propia calidad de vida y así contribuir al progreso nacional (Duque Daza, 2010). Durante los años de la Guerra Fría los programas de desarrollo funcionaron además como una herramienta para controlar las comunidades y alejarlas de la influencia de los movimientos subversivos en los países en vía de desarrollo

(Duque Daza, 2010; Hataya, 2010). Estos programas fueron impulsados con la ayuda financiera de entidades extranjeras, quienes animaron a la población para trabajar junto con ellas en proyectos de cooperación, en pro del beneficio colectivo (Hataya, 2010).

“Participación comunitaria” es un concepto técnico sobre el modo de realizar la planeación y ejecución de los programas de desarrollo. Desde una perspectiva desarrollista la participación comunitaria es un medio para que los países en “vía de desarrollo” lleguen a él. Se trata de una estrategia implementada por funcionarios gubernamentales y teóricos del desarrollo, quienes reconocieron la importancia de incluir a las comunidades marginales en estos programas (Hataya, 2010). “La participación es entendida entonces como el ‘antídoto’ de la marginalidad, como una estrategia de incorporación de los grupos marginales al desarrollo” (Velásquez & González, 2003, p. 58) En Colombia, la participación comunitaria se instaura como política definida en los planes de desarrollo, en 1958 por el presidente Lleras Camargo. A partir de entonces ha sido una herramienta estatal para la ejecución de programas gubernamentales de salud, educación, seguridad, vivienda, saneamiento ambiental, vías, etc. El Departamento de Planeación Nacional ha desarrollado programas sociales y políticas públicas que buscan integrar a las comunidades de espacios rurales y zonas urbanas marginales para que participen de su propio desarrollo (Esguerra Pardo, 1988). Desde los noventa, la participación comunitaria se relaciona con la asunción de nuevas responsabilidades por parte de la sociedad civil, las comunidades comienzan a participar en la gestión y en la prestación de servicios asumiendo funciones que antes asumía el Estado (Briceño-León, 1998). Con la inserción del neoliberalismo en América Latina.

Para Orlando Fals Borda la participación no tiene por qué estar ligada conceptual ni ideológicamente a una perspectiva desarrollista. La idea original de participación tiene un sentido democrático implícito y es una herramienta potencialmente movilizadora de las masas populares, particularmente de aquellas oprimidas y explotadas, propias de los países latinoamericanos (Fals Borda, 1988). Este sentido de participación, si se hace efectivo, permite la realización de una democracia participativa. La idea intervencionista de “participación comunitaria” limita la participación real de los miembros de una comunidad, en cuanto implica que un agente externo sea quien desarrolle los proyectos y disponga los modos y el grado en que se involucre la población beneficiaria. Se requiere de una

conceptualización que sitúe a los miembros de una comunidad como actores centrales de la participación.

Para esta monografía realizaré una definición de “participación comunitaria” basada en las propuestas por Hataya (2010) y Velásquez & González (2003), y en las observaciones resultantes de mi trabajo de campo. Por un lado, busco un acercamiento que incluya la incorporación de la comunidad a los proyectos de intervención y desarrollo pero no se reduzca a ellos. Como señala Hataya: “no deberíamos limitar el significado del término ‘participación comunitaria’ únicamente a la participación inducida por el Estado sino de debemos ampliarlo para incluir la participación por la propia iniciativa de la comunidad” (2010, p. 54). Por otro lado, donde el componente “comunitario” de la participación haga referencia al tipo de relaciones sociales y de espacios donde se haga efectiva la participación, más que al sujeto colectivo que la realiza. Para comprender las motivaciones y modos en que las mujeres se han inmerso en el ámbito comunitario a lo largo de sus trayectorias vitales no basta con abordar la participación como una práctica realizada por un actor colectivo que comparte una subjetividad. Las mujeres participan de la vida comunitaria contestando así a responsabilidades relacionadas con sus roles de género y con dinámicas que ocurran en momentos particulares de sus trayectorias de vida.

Teniendo en cuenta lo anterior, en esta monografía entiendo por participación comunitaria “la acción intencionada de individuos y grupos en busca de metas específicas, en función de intereses diversos y en el contexto de tramas concretas de relaciones sociales y de poder” (Velásquez & González, 2003, p. 59). Incluye “la participación de la población en acciones comunales para satisfacer necesidades colectivas” tales como “la ayuda para financiar la construcción de proyectos comunitarios, la organización de bazares o loterías para allegar fondos para uso comunal, o participar en las protestas y en la recolección de firmas para pedir ayuda a las autoridades” (Hataya, 2010, p. 54). Incluye también las iniciativas de *organización comunitaria* y de *trabajo comunitario* y la participación en espacios creados para el encuentro de la comunidad, como instituciones y clubes. Cada sujeto participa de lo comunitario “sobre la base de decisiones propias fundadas en su lectura de la realidad y en sus propios intereses y posibilidades” (Velásquez & González, 2003, p. 59). El sujeto de la participación puede ser individual o colectivo, participar o no de acciones

colectivas con otros miembros de la comunidad, ser miembro o no de organizaciones comunitarias. De modo que los intereses que mueven la participación en la vida comunitaria son múltiples, pueden entrar en tensión, o pueden ser compartidos por varios sujetos.

Ahora bien, en contraste con la conceptualización de participación desde la ideología desarrollista, el término “organización comunitaria” hace referencia a los procesos organizativos gestados *desde* las comunidades. En las décadas de 1950 y 1960 en Latinoamérica, los mecanismos de acción popular o las formas de participación “desde abajo”, que no eran iniciativas del Estado ni la empresa privada, eran vistos por los estados como mecanismos de subversión, cercanos al comunismo (Briceño-León, 1998). Para el caso de Cuba, la organización comunitaria ha sido impulsada como una política de Estado, en cuanto la Revolución se ha edificado sobre la plena participación del pueblo. Las comunidades han participado del proyecto social cubano de acuerdo con sus intereses, aspiraciones e iniciativas particulares, mediante la institucionalización de grupos de mujeres, de jóvenes, de trabajadores, pequeños agricultores, etc. (Caballero & Jordi, 2004). Para el resto de los países de la región, la alianza entre el pensamiento marxista y los movimientos cristianos, y la creación de la Pedagogía del Oprimido potenciaron la acción popular organizada durante los sesenta y los setenta (Briceño-León, 1998). Así que en los países de América Latina en general, la organización comunitaria ha surgido desde la subalternidad y ha significado una opción política hacia la emancipación.

De acuerdo con esta coyuntura, entiendo “organización comunitaria”, siguiendo a Aguilera Morales, González Terreros & Torres Carrillo, como las iniciativas territoriales a nivel local (urbanas y rurales), producto de las múltiples discriminaciones y exclusiones que han experimentado los sectores subalternos, los cuales buscan afrontar las problemáticas propias de sus contextos particulares. Estas organizaciones parten de una situación de exclusión particular desde la cual establecen estrategias y principios orientadores de su acción política transformadora (Aguilera Morales et al., 2015). Son de carácter “permanente, originadas en los territorios populares en torno a la organización colectiva de la vida urbana, a la defensa de identidades culturales populares, a la participación en la gestión local” (Torres Carrillo, 2007, p. 71), o a la solución de necesidades compartidas. Las organizaciones comunitarias se construyen y actúan en base a las necesidades de la comunidad a la que

pertenecen⁴; las conforman aquellos miembros que tengan sentido de pertenencia, una identidad compartida, y la voluntad de organizarse para dar solución a sus problemas (Aguilera Morales et al., 2015) o defender su identidad colectiva. Esta conceptualización cobija el Club de Abuelos junto con las demás instituciones que se han creado históricamente en Cerro Norte alrededor de los cuidados (el HI, la EPI, la Casa Taller, y el Taller Solidario).

El trabajo comunitario y el trabajo de cuidado

Por “trabajo” comúnmente se consideran las actividades asalariadas y extradomésticas, siendo el empleo su forma paradigmática (Martín, 2011). Mi acercamiento al concepto de trabajo parte de debates gestados en los ochentas desde posturas feministas, que se sitúan en una posición crítica a las teorías y estudios de la economía capitalista hegemónica. Según esta postura, la conceptualización generalizada de *trabajo* ha invisibilizado la producción de bienes y servicios realizados fuera de la economía de mercado, de las cuales participan especialmente las mujeres (Arango & Molinier, 2011; Federici, 2013). “Trabajo” además del empleo en la economía formal, incluye “los servicios prestados en los hogares, y otras ocupaciones que se realizan en el ámbito doméstico a cambio de dinero - por ejemplo, hacer dulces para una pastelería local, coser para otros -, el voluntariado o el trabajo comunitario, la denominada ‘ayuda familiar’” (Martín, 2011, p. 70). En otras palabras, el trabajo implica aquellas actividades que tienen un valor (individual, social o monetario), implican tiempo y desgaste de energía y contribuyen a la reproducción social (Zibecchi, 2014).

En cuanto a “trabajo comunitario”, este es un concepto clave dentro del lenguaje técnico de los trabajadores sociales. En ese campo se utiliza como un sinónimo de Trabajo Social (TS). Como tal, se trata de una forma de intervención social integral que incluye el apoyo a la comunidad, la producción de conocimiento relevante y el fortalecimiento de los vínculos comunitarios o tejido asociativo. El trabajo comunitario consiste en una intermediación en las comunidades (Duque Daza, 2010), no *desde* ellas ni *con* ellas. También

⁴ La comunidad corresponde a una población local, un grupo de personas que comparte un territorio y unas características que les son comunes, entre ellas unas necesidades o problemas; puede ser consiente o no del carácter compartido de estas necesidades, puede ser apática o comprometida con los procesos organizativos que ocurren a su alrededor (Aguilera Morales et al., 2015). De modo que, desde esta perspectiva, los procesos de organización comunitaria no implican la organización de toda la comunidad, como una unidad social.

es comprendido desde el TS como un abordaje metodológico utilizado por profesionales del ámbito de la intervención, orientado a la organización y acción asociativa de las poblaciones, en torno a ciertos objetivos colectivos (Barbero & Cortés, 2005). “Se trata de generar nuevos sujetos sociales, nuevos sujetos colectivos y nuevas estructuras de relaciones entre ellos que permitan encarar la transformación de situaciones colectivas” (2005, p. 18). Si bien el Trabajo Social tiene una historia compartida con otras formas de intervención social desarrollista a nivel comunitario (programas gubernamentales, políticas públicas, proyectos de cooperación internacional), se posiciona críticamente respecto a los efectos de estas formas de intervención en las comunidades. Así, uno de los objetivos del trabajo comunitario como ejercicio del trabajador social, es trascender una intervención de tipo asistencialista al involucrar a la comunidad en sus propio territorio y potenciar su autonomía.

Esta aproximación al trabajo comunitario tiene unos elementos dignos de ser rescatados y otros que requieren ser problematizados. Para una conceptualización de trabajo comunitario de utilidad para esta monografía me gustaría rescatar la realización de acciones transformadoras de situaciones colectivas como hilo conductor del trabajo comunitario, al igual que su intención explícita de generar acciones que conlleven a la acción asociativa, la organización *en* comunidad, y la construcción del tejido comunitario. Es discutible, por otra parte, el carácter externo y profesional del trabajador comunitario. Sería un error no considerar el oficio de los líderes comunitarios y de otros miembros de la comunidad, que le apuestan a la reconfiguración de sus realidades materiales precarias, problemáticas o injustas, como un trabajo por no tener una formación profesional. Considerar “trabajo comunitario” como una actividad realizada por un actor externo a la comunidad es menospreciar la capacidad asociativa y de acción de los habitantes de un territorio y desconocer que el conocimiento empírico que poseen sobre sus propias realidades es el ejercicio de esta labor.

Por su parte, el cuidado comprende un conjunto de actividades que involucran relaciones entre sujetos. Se caracterizan por: ser de carácter interpersonal e íntimo entre el cuidador y la persona que recibe el cuidado; tener un componente afectivo, que se desprende del acto de cuidar a otro; ser asimétrica: una de las partes está en una posición de mando y la

otra en una posición de falta de autonomía⁵; y ser de carácter intergeneracional, las personas requieren de cuidados generalmente durante la niñez y la ancianidad (Zibecchi, 2014, p. 107). En el ejercicio de estas actividades se despliegan dimensiones materiales, subjetivas, morales, emocionales y psicológicas (Arango & Molinier, 2011; Molinier, 2011; Molinier & Legarreta, 2016). Pero, como señala Molinier, antes que todo el cuidado es un trabajo. Cuidar es:

hacer algo, producir un determinado trabajo que participe directamente del mantenimiento o de la preservación de la vida del otro, es ayudarlo, o asistirlo en las necesidades primordiales como comer, asearse, descansar, dormir, sentir seguridad y dedicarse a sus propios interés. “Dedicarse a sus propios intereses” se aprecia especialmente en las actividades creadoras de sentido, [...] [que] no le dan relevancia a las necesidades físicas primordiales sino a las necesidad psicológicas en términos de realización de sí (Molinier, 2011, p. 49).

El cuidado es comúnmente pensado como una actividad femenina. Se adjudica al ámbito privado y a las mujeres como parte de su función "natural" (Lamas, 1996; Quiroga Díaz, 2014), como una disposición intrínseca a ellas a raíz de su capacidad reproductiva (Lagarde, 2005). Sin embargo, las mujeres se capacitan para realizar ciertos trabajos a través de una socialización en el género, una formación cultural para volverlas “femeninas” (Lamas, 1996). Por ello, oficios como la enfermería, el cuidado de niños pequeños, ancianos y de personas dependientes son realizados generalmente por mujeres, no como consecuencia de sus capacidades naturales.

Las mujeres realizan trabajos de cuidado a lo largo de sus trayectorias vitales en el espacio familiar, laboral y comunitario. De modo que es imprescindible estudiar el cuidado como uno de los modos en que las mujeres participación en la vida comunitaria. Como señala Zibecchi, las trayectorias laborales de las mujeres se diferencian porque están atravesadas por condicionantes de género. Múltiples estudios realizados en Latinoamérica sobre los itinerarios laborales femeninos, demuestran, mediante un abundante sustento empírico, que las trayectorias laborales de las mujeres se vinculan intrínsecamente con la dinámica familiar, la vida en pareja, la fecundidad y otros factores relacionados con los roles de género

⁵ Para autoras como Molinier (2011) definir a la persona que recibe los cuidados en términos de dependencia conlleva a negar su autonomía (así sea débil o relativa) y restringir sus capacidades.

femeninos (Zibecchi, 2014). Además de los itinerarios laborales, las trayectorias de participación de las mujeres en los espacios comunitarios también está atravesadas por este tipo de dinámicas (San Sebastián, 2016). Para comprender las lógicas detrás de la participación comunitaria es necesario remitirse a las dinámicas relacionadas con su vida familiar y sus responsabilidades asociadas a su rol como cuidadoras.

“Viejos”, “ancianos”, “adultos mayores”, “tercera edad” ... ¿A qué nos referimos cuando hablamos de vejez?

“Vejez” es un concepto cambiante de acuerdo con el contexto cultural y las circunstancias históricas (Klein, 2016). Si trazamos una historia cultural del envejecimiento, tal como lo hizo Simone de Beauvoir en 1970, veremos que la caracterización de los viejos en Occidente ha estado sujeta a una condición biológica. Como lo señala la autora, Galeno, en el siglo I consideraba la vejez como un estado en que las funciones fisiológicas se debilitaban. Su obra fue repetida por los médicos europeos durante siglos. En el siglo XVIII aproximadamente, se retomaron las ideas mecanicistas que equiparaban el cuerpo con una máquina y la vejez se interpretó como el proceso de degradación del cuerpo luego de un largo tiempo de uso. A partir del siglo XIX, “los médicos vieron aumentar entre sus pacientes el número de enfermedades degenerativas que se desarrollan en un terreno senil” (De Beauvoir, 2013, p. 29). Así fue consolidándose la idea de que envejecer es lo mismo que enfermar progresivamente (Klein, 2016). En esta cronología realizada por Simone de Beauvoir podemos ver cómo las concepciones provenientes de la medicina occidental redujeron la persona vieja a su cuerpo y la patologizaron, convirtiéndola en un enfermo que debía ser curado.

De modo que para el siglo XX se estableció el estereotipo del anciano débil, precario y enfermo (Klein, 2016), atravesando las fronteras de los círculos médico-científicos y expandiéndose por toda la sociedad. A pesar de ello, para mediados de ese siglo ocurrieron cambios al interior de las disciplinas médicas, y los gerontólogos comenzaron a incluir factores sociales y psicológicos en los estudios sobre el envejecimiento (De Beauvoir, 2013). Así, empezaron a romper con la tradición de reduccionismo biologicista de la cual se había alimentado la Medicina desde hacía siglos. Por otro lado, los avances científicos y médicos

del siglo XX permitieron que las personas envejecieran más y en mejores condiciones, fenómeno que condujo a un replanteamiento de los significados sociales que hasta entonces se le daban a vejez y a las demás etapas de la vida (Klein, 2016). Así pues, la vejez no se reduce a una experiencia corporal de deterioro. De acuerdo con esta premisa, en las últimas décadas la vejez y el envejecimiento han sido objetos de estudio desde múltiples disciplinas, lo que ha propiciado una multiplicidad de aproximaciones más integrales a estos fenómenos.

La Antropología también se ha hecho la pregunta por la vejez. Desde el principio mismo de la formalización de la disciplina, la edad ha sido abordada como un principio universal de organización social. Los antropólogos estudiaron el estatus que daba la edad y el tratamiento que recibían los miembros más viejos en las “sociedades primitivas” (Feixa, 1996; Keith, 1980). La edad comenzó a contemplarse como objeto de estudio antropológico hasta la década de los ochenta, siendo considerada desde esta aproximación, como una construcción sociocultural (Feixa, 1996). Desde una perspectiva antropológica el curso de la existencia humana, también llamado “curso vital”, se divide por etapas. Según parámetros culturalmente establecidos en cada sociedad, a cada etapa se dota de propiedades; y el pasaje de una etapa otra se fija socialmente (de Gastron & Oddone, 2008; Feixa, 1996). Así, en nuestra sociedad en el momento histórico actual, reconocemos la infancia la adolescencia, la juventud, la adultez y la vejez como etapas del curso vital. A cada grupo de edad le asigna obligaciones, roles y expectativas a cada grupo de edad, de acuerdo con parámetros socialmente creados (de Gastron & Oddone, 2008; Feixa, 1996; Gómez García, 1995). La división de las edades y el contenido de cada una de las etapas de la existencia es por ello cambiante en el espacio y en el tiempo. El significado de “vejez” ya no es el mismo que hace décadas y se requieren de definiciones precisas para abordarla analíticamente.

Pero más allá de las definiciones y significaciones que se le atribuyan en cada sociedad y en los diferentes momentos históricos, la vejez corresponde a la última etapa del curso de vida (Bravo Almonacid, 2014). El alargamiento de la vida ha sido un fenómeno de proporciones globales desde la mitad del siglo pasado. Este fenómeno hace replantearnos el comienzo de la última etapa de la vida. “Vejez” no es de utilidad para abarcar la última etapa, pues entre más larga se hace la vida mayores son las posibilidades de vivirla. Hay múltiples términos como *vejez*, *ancianidad* y *senilidad*, difíciles de definir y diferenciar

conceptualmente. Con el fenómeno de envejecimiento demográfico se han añadido otros como *adulto mayor*, *tercer edad*, *cuarta edad* y hasta *quinta edad*. En este sentido “vejez”, al igual que todos los demás términos utilizados para referirse a ella, son ambigüedades conceptuales que no indican aquello a lo que nos referimos cuando los utilizamos (Klein, 2016). Además, la edad cronológica no es de utilidad para definir a las personas mayores pues no da cuenta de la complejidad y heterogeneidad de este grupo etario (Bravo Almonacid, 2014; Gómez García, 1995; Osorio, 2006a, 2006b). Conocer si una persona tiene 58 o 63 años no dice nada sobre sus aspiraciones, su condición de salud y otros factores relacionados con la construcción social de la vejez. Debe buscarse otras estrategias para la categorización de las personas en grupos etarios durante “la última etapa”.

Por lo anterior, me referiré a las mujeres mayores del Club de Abuelos como “viejas no-viejas” puesto que no siguen los mandatos sociales de declinación, dependencia, e inutilidad social como características de este grupo generacional (Klein, 2016). *Los viejos*, en este caso concreto, las abuelas y abuelos del Club corresponderían a lo que Martínez, Morgante, & Remorini (2010) se refieren con modelos institucionales del curso vital sobre este grupo etario. La propuesta de Klein es un acercamiento al análisis de otros modelos o alternativas para estudiar la vejez, con el valor añadido de que al mismo tiempo permite conocer los cambios socioculturales en los que estos modelos están construyéndose permanentemente. De modo que ayudan a comprender tanto a los individuos específicos que se estudian, como a las sociedades en las que crecen y desarrollan sus trayectorias vitales.

Las mujeres mayores del Club de abuelos pertenecen a un mismo cohorte generacional, o sea “un grupo de edad específico que ha compartido una experiencia histórica común” (de Gastron & Oddone, 2008, p. 4). Los miembros de un cohorte comparten una contemporaneidad cronológica, condiciones sociales y materiales similares, y son reconocidos como tales por miembros de otras generaciones (Bravo Almonacid, 2014, p. 4). Para el caso de estas mujeres, ellas hacen parte de un grupo de edad cronológica entre 62 y los 77 años, y como tal, han compartido una experiencia histórica común. En general: tienen unas creencias religiosas sólidas, y comparten unas ideas tradicionales sobre la familia; todas provienen de familias campesinas conformadas por varios hermanos; y han vivido en medio de unas estructura de relaciones de género que las ha afectado entre otras cosas, limitando su

acceso a educación y estableciendo la maternidad como un deber. Por su parte, al vivir en Cerro Norte comparten unas condiciones materiales similares: han tenido limitado a recursos básicos como agua, alcantarillado, electricidad, gas, salud, educación y espacios de recreación recursos económicos limitados; comparten una experiencia de estigmatización por personas de otras partes de Bogotá. Si bien no todas las mujeres mayores comparten este territorio desde que su niñez, las que han entrado en los últimos años (Rosa y Clemencia), se han visto envueltas por las mismas situaciones.

Para responder los objetivos que guían esta investigación y abordar las discusiones presentadas a lo largo de esta introducción dividiré esta monografía en dos capítulos. En el primer capítulo analizaré las razones que llevaron a las mujeres a ocupar los espacios comunitarios de Cerro Norte, desde su juventud. Me enfocaré en señalar las convergencias al igual que las diferencias, en las trayectorias de participación comunitaria para así dar cuenta tanto de las generalidades como de las particularidades de sus trayectorias biográficas. En el segundo capítulo me encargaré de analizar la participación de las mujeres mayores en la vida comunitaria mediante diferentes forma: el trabajo de cuidar de la comunidad; el trabajo comunitario con intereses políticos; y la realización de actividades para sí mismas. Para ello delinearé el camino que las conduce a participar en la vida comunitaria en el vejez. Es decir, las rupturas y continuidades que experimentan respecto a sus trayectorias vitales. Luego, mostraré como las mujeres mayores ejemplifican otros modos de vivir la vejez, que se diferencian de los modelos institucionalizados.

Capítulo I: La participación comunitaria en la juventud

El modo en que las mujeres mayores viven su vejez está condicionado por sus experiencias previas (Ramos, 2015), así que las experiencias de vejez de las mujeres mayores adquieren sentido cuando se conoce cómo ha sido el desarrollo de sus vidas durante su adultez, su juventud, e incluso su niñez. Además, las trayectorias de participación comunitaria de la mayoría de las mujeres de esta monografía comenzaron antes durante su juventud. Por esto es imprescindible analizar las experiencias de las mujeres en etapas previas a su vejez, para comprender las razones que las llevaron a incorporarse en la vida comunitaria. En este capítulo entonces, he decidido enfocarme en analizar las trayectorias de participación comunitaria de las mujeres mayores, que tuvieron inicio durante la juventud de las mujeres.

Conceptualmente la vida comunitaria se separa de la privada o familiar, pero en las vidas concretas de las mujeres, ambas se entrelazan de forma íntima. Participar en la vida comunitaria es una decisión que toman las mujeres en relación con su rol dentro del hogar. Cuidar de otros es un componente esencial en la construcción social del género, es decir, en la definición de las actividades y funciones socialmente atribuidas a la mujeres (D'Argemir, 1995). En general, las mujeres del cohorte generacional del que hacen parte Ascensión, Carmen, Clemencia, Hermencia y Rosa, en nuestro país, no cuestionaron los roles estipulados para ellas sobre el casamiento y la maternidad. Esas fueron discusiones surgidas en otras partes del planeta y que llegaron al país mientras que ellas se hacían cargo de la crianza de sus hijos en un contexto social adverso. En este sentido ellas naturalizaron (al igual que los hombres de su generación) el cuidado como una actividad exclusivamente femenina donde ellas debían asumir las tareas dentro del hogar. Su inserción en otros ámbitos —el laboral y el comunitario— era una prolongación del trabajo doméstico. Cuando la figura del varón proveedor era ausente o el dinero no alcanzaba, ellas tuvieron que salir a otros ámbitos a asumir ese rol. Cuidar de su familia implicaba asegurarse de que el hogar dispusiera de los recursos necesarios para poder hacer efectivo el cuidado.

La socialización en el cuidado: hacerse cuidadoras en el hogar

El cuidado no tiene un origen en la maternidad, aunque la maternidad sea la forma emblemática de cuidar a otros. Las mujeres comienzan a familiarizarse con las actividades de cuidado desde pequeñas, en el ámbito doméstico. Cuando eran jóvenes, viviendo en las casas de sus padres junto con sus demás hermanos, las mujeres se vieron obligadas a compartir junto con sus mamás, la responsabilidad de cuidado del hogar. Esto ocurrió de forma particular a las mujeres que son hijas mayores y se convirtieron en segundas madres de sus hermanos menores, al interior de familias grandes, donde se requería que tanto el padre como la madre asumieran el rol de proveedores. Ese fue el caso de Ascensión, quien cuenta:

Mi vida ha sido desde pequeñita así, estar activa, pilas. Porque yo cuidé, ayudé a mi mamá a cuidar a once hermanos, yo soy la mayor. Entonces mi mamá se iba [a trabajar] y yo veía que mis hermanos estuvieran bien, hacía almuerzo, estaba pendiente de cualquier cosa; al frente de la casa con mi mamá. Después ya más grande yo me vine a trabajar en las familias [como empleada doméstica interna] y no me gustó quedarme allá lavando, allá planchando, allá trapeando. Decía eso no es lo mío, eso no es lo mío, ¡eso no es lo mío! Le decía yo a mi mamá. No, eso no. No me digan que haga eso porque no me gusta. Lo hago por plata, lo hago mientras soy grande y miro, porque a mí me fascinaba era la enfermería. Yo enfermería la tenía acá [grabada en la frente] (Entrevista realizada el 15 de marzo de 2018).

El caso familiar de Hermencia, la número cuatro de once hijos, fue similar. Hermencia tuvo que asumir el rol de hermana mayor-segunda madre, pues:

Mi hermano mayor murió de 14 años y mi hermana sí bebecita. Después nace mi hermano Oliverio que a los 5 años empezó a darle ataques epilépticos [...]. Entonces yo fui como la mayor. Yo era la que tenía que estar pendiente de mis hermanos, yo iba y trabajaba para poderle ayudar a mi mamá, a mí me gustaba ser detallista. Entonces yo trabajaba arreglando piezas, cargando pasto, lo que me tocara hacer. En Suba, en el Rincón. Es que esa parte era bien rural, era solo hortalizas, era muy bonito, eran haciendas. Yo iba y ayudaba en una hacienda y a mí me daban la leche para mis hermanos. Mientras tanto mis hermanos hacían males y a mí me pegaban, porque pues yo era la que estar pendiente de ellos. Mi papá hacía el guarapo ¡y ellos lo sacaban con una manguera!, porque mi papá lo dejaba con candado... a mi mamá

siempre le toco también trabajar. Mi papá trabajaba y a él le gustaba compartir con mercado y eso pero no compartía que nosotras estudiáramos, las mujeres. [...] Desde muy niña me tocó trabajar, me tocó no, me nació, como desde los doce años. Porque yo veía sufrir a mi mamá y pues yo trataba de ayudar para la casa, porque éramos hartos. Y cuando yo veía que mi papá le pegaba tanto a mi mamá me daban ganas de trabajar y buscar recursos y ayudar para que mi mamá no se demorara afuera trabajando, para que mi papá no fuera a salir con cosas de por qué se demoraba tanto, porque él era enfermo de celos. (Entrevista realizada a Hermencia el 3 de agosto de 2018)

Rosa también debió trabajar desde pequeña para poder asistir a una familia de recursos económicos precarios:

Yo soy de Tota, Boyacá. Yo toda mi vida desde pequeña, desde joven yo trabajé en casas de familia. Fue mi trabajo porque yo no tuve estudio, ni siquiera un día en la escuela, entonces no tenía más cómo. Yo trabajé en las casa de familia. [...] Y desde que empecé a trabajar si me ganaba diez pesos gastaba cinco y me ahorraba cinco, para ver si nos podíamos comprar un pedacito de tierra, tener a mi mamá en lo propio. Y así fue. Yo no pude comprar sola porque no me alcanzaba la plata y con mi hermano compramos un pedacito allá en Tota, le hicimos una casita de bareque para mi mamá” (Grupo focal, realizado el 10 de abril de 2018).

En los núcleos familiares de estas mujeres se compartían las mismas necesidades: un gran número de hermanos; recursos limitados; y la sobrecarga de sus madres, quienes debían ejercer una doble jornada de trabajo: el doméstico y el asalariado extradoméstico. Ante estas necesidades, las mujeres se vieron en la obligación de asumir el rol de cuidadoras. Primero en el ámbito doméstico, y después, si era necesario, en el ámbito laboral.

Es así como la responsabilidad por el cuidado del hogar se convierte en un tipo de ritual de paso para estas mujeres (de este cohorte y de estas condiciones materiales) hacia la adultez. Esta responsabilidad incluye en ocasiones, la necesidad de ejercer una doble jornada laboral, es decir, de emplearse fuera de sus hogares para obtener dinero. La doble jornada responde a que ellas, junto a sus madres, tuvieron que cumplir con el rol de proveedor, ante un padre que podía estar ausente, o presente pero sin cumplir dicho rol. Aproximadamente

en 1974, cuando Ascensión tenía más o menos veinte años, vivía en la localidad de Suba cuidando una finca junto con sus cuatro hermanos que le seguían en orden cronológico, los demás vivían con su abuela materna en Ubaté. Los dueños de la finca les anunciaron que venderían el terreno a una constructora inmobiliaria. La familia de Ascensión se vio obligada a buscar un nuevo lugar dónde vivir en Bogotá y encontraron en Cerro Norte una opción atractiva: comprar un lote a un precio asequible para ellos. Como cuenta Ascensión:

Cuando fuimos a comprar el lote para construir la casita, mi mamá dijo:

—Mija, ¿pero con qué plata?

—Mamá, no se preocupe, yo tengo ahorros.

—¿Mija, tiene ahorros? —y me abrió tremendos ojos.

—Sí, mamá. Desde el primer sueldo que yo recibí en mi vida, ahorro.

Porque mi papá fue amigo de la cerveza, y de este, de echar humo. Lo más amigo que yo he podido ver en mi vida fue él. Mi papá decía:

— Mija, hay que comprar cemento.

— Y sumercé ¿cuánto aporta?

— No, yo no tengo.

— Bueno papá, tome, vaya y lo compra... Papá ya tenemos que pagar la mensualidad.

— Yo no tengo, ¿de dónde quiere que saque?

Pero este pecho, se iba a pie para su trabajo y no se compraba ni una gaseosa para tener la platica para pagar. (Entrevista realizada a Ascensión el 15 de marzo de 2018)

Las mujeres, en contextos sociales precarios, experimentaron la adultez al tener que asumir las responsabilidades tradicionalmente asignadas al padre y la madre, proveyendo a sus familias de recursos y cuidados, respectivamente. Ellas asumieron esta doble responsabilidad por sus hogares hasta que dejaron las casas de sus padres para formar su propio núcleo o hasta que sus hermanos fueron lo suficientemente grandes para responder por sí mismos.

Estas mujeres cuando se casaron y conformaron un hogar, en algún punto durante el ejercicio de su maternidad, tuvieron que asumir el rol de proveedoras, repitiendo la historia de sus madres. De este modo, debieron asumir lo que denominaré *responsabilidad absoluta por el hogar*, que incluye el ejercicio del trabajo de cuidado y de un trabajo asalariado para obtener recursos económicos. Rosa, después de dejar la casa de sus padres en Boyacá y

venirse para Bogotá vivió en la casa donde trabajaba como empleada doméstica hasta el momento de su retiro en la década de 1990, cuando ella tenía cincuenta y tantos años. Por ende no tuvo la posibilidad de conformar una familia propia. Carmen y Clemencia se dedicaron exclusivamente a la crianza de sus hijos durante varios años y luego se vieron en la necesidad de salir a trabajar por la falta de dinero o el abandono de sus parejas. El último fue el caso de Clemencia, quien quedó huérfana cuando era niña, a los quince años se casó, y a los dieciséis tuvo su primer hijo, en 1964. Pocos meses después de tener a su hijo menor, su marido la dejó y se fue con otra mujer, en los ochentas. Clemencia, quién se había dedicado por dieciséis años al cuidado de sus cuatro hijos y de su esposo, tuvo que asumir la tarea de sostener su hogar, y por tanto a ejercer un oficio en el mercado laboral. Por su parte, Carmen tuvo que entrar a trabajar porque el dinero que llevaba su marido no era suficiente para el sostenimiento del hogar. Como Carmen cuenta: *“Después que me casé duré como cinco años que no trabajé porque estaba criando a mis niñas. Después empecé a trabajar nuevamente. Trabajé hasta que mis hijas ya prácticamente se hicieron cargo de las funciones de la casa”* (Apuntes de campo, febrero 9 de 2018). Bajo circunstancia similares a las de Clemencia, Hermencia también se vio obligada a salir del ámbito privado. Como Hermencia cuenta:

Me tocó muy duro porque prácticamente me tocó de madre cabeza de familia, con mis cuatro hijos defenderme, porque a pesar de que intentamos hacer vida con mi compañero fue muy difícil porque él tomaba mucho y era mujeriego. A mí prácticamente me tocaba sostener mi casa, mi hogar. Cuando mi hijo menor tenía 4 años nos separamos, el mayor tenía 15 años. El menor nació después de 13 años. Fueron los 3 primeros seguidos y después de 13 años llegó el chiquitín (Entrevista realizada el 3 de agosto de 2018).

Estas mujeres no cuestionaron la asignación tradicional de los roles de género al interior de los hogares, incluyendo el rol de producción, que tradicionalmente les correspondía a sus compañeros. Entrar al espacio laboral fue una obligación que se desprendió de la ausencia (o insuficiencia) de su compañero en este rol. De modo que ellas terminaron realizando una doble jornada laboral: la de prestar cuidados a sus hijos y mantener su hogar; y la de emplearse ante la necesidad de llevar un sustento económico a sus casas. La maternidad ha implicado para las mujeres de este cohorte generacional, bajo estas circunstancias, destinar virtualmente la totalidad de su tiempo y energía para satisfacer las necesidades de

supervivencia y de cuidado de sus hijos. El cuidado de sus hogares ha sido un trabajo de tiempo completo que se efectúa en el ámbito privado pero también fuera de él.

Las mujeres se socializaron como cuidadoras en el hogar, pero ese no es el único espacio donde han ejercido este trabajo. Por las condiciones precarias de sus familias, y también debido a creencias sexistas de sus padres, las mujeres de este cohorte tuvieron un acceso limitado a educación desde pequeñas. En el mercado laboral, los trabajos disponibles para ellas eran actividades de cuidado, poco remunerados. En general, como ha sido el caso de Hermencia, las mujeres, han debido emplearse: “*En lo que me tocara hacer*”. Hermencia, particularmente, tuvo que emplearse en los siguientes oficios: “*Yo trabajaba en casas de familia, lavando ropa, planchando, arreglando apartamentos...*” (Entrevista realizada a Hermencia, el 3 de agosto de 2018). El cuidado hace parte integral de la vida de las mujeres, y como tal está presente en todos los aspectos de su vida, desde el doméstico, hasta el laboral, como en el comunitario. El trabajo doméstico era su trabajo *por defecto*, al que ellas podían acceder. Fue de los primeros empleos a los que tuvieron acceso Hermencia y Ascensión, al cumplir cierta edad; y el único empleo al que accedió Rosa durante toda su vida. Clemencia y Carmen corrieron con la suerte de acceder a empleos con mayor valoración social, y por ende mejor remunerados. La primera, tuvo su propia peluquería; y la segunda trabajó en ventas y como profesora en el ámbito comunitario. Las mujeres se han desenvuelto en el ámbito comunitario ejerciendo el trabajo de cuidar a la comunidad, como extensión de su rol de cuidado del hogar. Sin embargo, su participación en la vida comunitaria no se reduce a este trabajo, y responde a unas lógicas territoriales complejas que mostraré a continuación.

La participación como respuesta a la precariedad y la segregación social

Las mujeres que han vivido gran parte de sus trayectorias vitales en Cerro Norte se han socializado en la vida comunitaria del barrio desde jóvenes. Ascensión, Carmen y Hermencia se han involucrado en las actividades comunitarias desde su llegada a Cerro Norte a principio de los setentas. Para entender su introducción en las dinámicas comunitarias es preciso realizar una pequeña reseña histórica del territorio.

La constitución de Cerro Norte y Villa Nidia comenzó en los años cincuenta, a partir de un loteo que la familia Cortés hizo de sus propiedades. Sus primeros pobladores eran trabajadores de las canteras del sector. El auge del poblamiento del cerro ocurrió entre los

sesenta y los setenta con la llegada masiva de familias campesinas provenientes en su mayoría de Boyacá, Cundinamarca, Santander y zonas rurales de Bogotá. Para ellas, estos lotes eran atractivos porque allí, además de construir sus casas, podían tener un terreno para cultivar y tener sus animales. Durante esos años el cerro sirvió como fuente de recursos para las actividades cotidianas de sus habitantes y la construcción de sus viviendas. El agua se obtenía de los múltiples nacimientos que brotaban del cerro y de las quebradas, donde además, las mujeres se reunían a lavar la ropa de sus familias; la leña para cocinar se talaba de los árboles ubicados en lo más alto del cerro; la arena y la piedra para construir las viviendas, se sacaba de las canteras.

Entre las décadas de 1960 y 1970, los vecinos de Cerro Norte y Villa Nidia comenzaron a unirse para construir infraestructura de uso comunitario, pues las instituciones distritales se negaban a prestar servicios públicos de agua, alcantarillado, electricidad, y otros servicios comunitarios debido al carácter irregular de los barrios⁶. Ese fue el modo que encontraron para dar solución a sus necesidades compartidas ante un Estado ausente que se negaba a cumplir sus funciones. Los pobladores de estos barrios construyeron una represa en lo alto de Cerro Norte (entre 1968 a 1972), unos lavaderos comunitarios, el salón comunal, la iglesia y los primeros salones del colegio Agustín Fernández. Hermencia recuerda que ella desde su llegada a Cerro Norte en 1971 cuando tenía quince años, iba con su mamá a las canteras y ayudaba a los hombres a cargar las piedras y la arena que se utilizaron para construir todas estas obras.

Los procesos de construcción de infraestructura de uso comunitario se desarrollaron de manera simultánea con la implementación de dos formas de participación comunitaria: las jornadas de trabajo y las ollas comunitarias. Las primeras eran citas entre los vecinos que tenían lugar generalmente los domingos, para trabajar en la construcción de las obras. Las segundas consistían en llevar productos en especie, ya fuera materiales de construcción o

⁶ Al parecer, siguiendo las observaciones realizadas por Torres, estos barrios se constituyeron a partir de un mercado pirata del suelo urbano, aunque los propietarios de los lotes los hubieran adquirido mediante compra y no mediante su ocupación. El carácter ilegal de los barrios deriva del carácter fraudulento de su urbanizador cuando evade las disposiciones legales del gobierno; no proviene de la ocupación ilegal del terreno por parte de sus pobladores (Torres, 1993). Según esto, tiene sentido que los pobladores de Cerro Norte tuvieran que acudir a diferentes mecanismos de organización para la legalización de los predios privados y colectivos, a pesar de que hubieran realizado una compra de esos terrenos.

alimentos para compartir al finalizar las jornadas de trabajo. Estas dinámicas fueron impulsadas por organizaciones eclesiales. Al respecto, Ascensión y Hermencia durante el Grupo focal, compartieron:

—Acá, ¿sabe cómo nos incentivaban? —me preguntó Hermencia—. *Porque mi mamá se vino para este cerro porque aquí nos ayudaban mucho los salesianos, daban mercadito. Entonces mi mamita como era de recursos económicos muy precarios... mi tía vivía acá abajo en el [barrio] Araujo, y mi mami que por estar cercana a la hermana se vino pa' Cerro Norte [y también] porque el padre Bernardo ayudaba mucho.*

—*Es que esos mercados... el padre Wenceslao era yugoslavo, la hermana Marina era italiana, y el doctor Segismundo era checoslovaco* —continuó Ascensión—. *Ellos pedían a estos países, a estas organizaciones que conocían este compendio de barrio pobres, y venía algo que se llamaba Cáritas y traían estos mercados. Y si uno colaboraba y trabajaba le iban haciendo una lista y allá daban...*

—*Le hacían a uno una boleticas* —la interrumpió Hermencia—. *Porque allá arriba doña Leonilde y la esposa de don Alonso eran las que nos daban las boleticas de las horas de trabajo. Íbamos acumulando las horitas de trabajo. [...] [A las comunidades eclesiales les gustaba] que hubiera un trueque.* (Grupo focal, 10 de abril de 2018)

Los vecinos de Cerro Norte destacan la labor del padre Bernardo Hoyos, partidario de la Teología de la Liberación⁷, cuyos preceptos influenciarían en el pensamiento de las y los líderes comunitarios desde ese entonces hasta ahora; en el ejercicio del trabajo comunitario de Ascensión, Carmen y Hermencia (en especial esta última); y en los procesos de organización comunitaria.

⁷ La Teología de la Liberación se crea en los sesenta por un grupo de obispos progresistas e innovadores de América Latina. El punto de partida de la Teología es la experiencia de pobreza y opresión que viven los pueblos de América Latina. Su objetivo es la liberación de los pobres; busca que ellos se conviertan en actores de la historia, en sujetos colectivos que transformen las estructuras de la sociedad que causan su opresión. De modo que se trata de una opción teológica ligada a una praxis política. Dicha praxis requiere de un diálogo con las ciencias sociales pues éstas permiten comprender las causas de la opresión y la pobreza de acuerdo con un contexto histórico cambiante (Silva, 2009).

A partir de los ochentas, un grupo de mujeres de Cerro Norte se movilizó para reclamarle al Estado su presencia en la atención de los niños y niñas del barrio, quienes quedaban desprotegidos mientras sus padres trabajaban. Ante la respuesta desfavorable por parte de los entes estatales, ellas asumieron el trabajo de cuidado de la comunidad. Así, con el apoyo de Lucy González y Hugo Fernández⁸, estas mujeres crearon la Coordinadora de Organizaciones Populares de Defensa de los Derechos de la Niñez. La Coordinadora ha estado conformada por: los Hogares Infantiles (HI) de Cerro Norte y Villa Nidia, encargados de prestar atención a la primera infancia; la Escuela Popular Infantil (Epi), que se creó por la necesidad de continuar con la labor iniciada en los HI, y se enfocó en la atención a niños y adolescentes; la Casa Taller, centrada en los niños y jóvenes en situación de riesgo social, ofreció talleres en panadería, ebanistería, pintura, danzas, locución de radio, entre otros, para brindarles alternativas para el uso del tiempo libre. Y adicionalmente, el Taller Solidario, se encargó de brindar capacitación técnica en manualidades y confección a madres adolescentes y madres cabeza de familia. Estas instituciones fueron creadas durante los ochentas y los noventas. Durante su constitución han recibido el apoyo, especialmente financiero, de diferentes organizaciones el cual les ha permitido construir la infraestructura donde operan estas instituciones.

Un grupo de mujeres del cerro entre las que se encontraban Carmen y Hermencia, participó de estos procesos organizativos para prestar el servicio de cuidado de los niños del barrio, a partir de su experiencia compartida de segregación. La vida comunitaria de Cerro Norte se ha enmarcado en un contexto de marginalidad social, desde su conformación hasta ahora. Los habitantes de los cerros además de enfrentarse a la desprotección estatal han tenido que enfrentarse a constantes situaciones de exclusión y segregación social, como producto de la estigmatización de los barrios de San Cristóbal Norte. Ese fue el caso de Ascensión, quien a lo largo de su trayectoria laboral como enfermera sufrió de un trato de humillante por

⁸Lucy y Hugo eran una pareja de educadores populares chilenos que llegó a Bogotá a mediados de los setenta, huyendo de la dictadura de Augusto Pinochet. Ambos se emplearon como funcionarios en un jardín ubicado en el barrio Servitá, del Instituto Colombiano de Bienestar Familiar. A este jardín llegaban madres y padres de familia de los barrios de San Cristóbal Norte parte oriental. Lucy y Hugo se inquietaron ante la gran demanda de cupos por parte de estos barrios debido la inexistencia de un centro de atención a los niños, que estuviera ubicado en el Cerro.

parte de sus colegas debido a su pertenencia a ese territorio. A comienzos de los setentas, cuando tenía aproximadamente 21 años:

Yo hice un año de enfermería domiciliaria y me gradué y todo. Luego abrieron un curso en la [calle] 170 en la Clínica Don Bosco y yo fui pero diciendo que no sabía nada porque pensaba que si decía que ya sabía no me recibían. Para inyectar, para tomar signos, para todas esas cosas yo iba rapidito. Pero qué tenía, como yo era de acá del Cerro la gente era “quieta allá, en primera... la mugrosa esa”. Así a uno lo tratan en muchas partes. Pero a mí no me importaba nada, nada, ¡yo quería estar ahí! No importaba nada, que me escondieran los termómetros... qué no me hacían.

(Entrevista realizada a Ascensión el 15 de marzo de 2018)

Ascensión, Carmen y Hermencia, junto con otros vecinos de Cerro Norte construyeron una identidad colectiva, bajo esta coyuntura. Las identidades colectivas se construyen sobre la base de unas condiciones materiales (un territorio común, unas necesidades compartidas, una experiencia histórica común, y unas redes sociales) que son compartidas por un grupo de individuos (Torres Carrillo, 2007). Además de compartir estas condiciones materiales derivadas de su pertenencia a Cerro Norte, estas tres mujeres se identificaron colectivamente sobre la base de su experiencia de exclusión social como habitantes de un territorio estigmatizado. Y fue este sentimiento el que las movió hacia una praxis para transformar estas condiciones.

En el grupo focal, después luego de que Ascensión compartiera el trato que las demás enfermeras le daban por ser de Cerro Norte, Carmen contó cómo ella junto con otras mujeres pensaron en la idea de construir instituciones para el cuidado de los niños del barrio, pues consideraban que ellos también eran objeto de segregación social:

— ... [En la Clínica Don Bosco] era “esa montañera” porque vivía acá y lo tratan a uno así: “usted es una montañera” —contó Ascensión.

—Los niños piojosos... los no sé qué —comentó Carmen.

—Los zarrapastrosos más zarrapastrosos que hay somos nosotros —sentenció Ascensión.

—Yo creo que también eso fue lo que ayudó a meternos en la idea de hacer el Hogar Infantil, porque a los niños de acá los bajaban como pollitos entre las alas a ponerlos en el bus que tenía atención en Chapinero —empezó a narrar Carmen—. Ese

jardín era subsidiado por un colegio de ricos. De un momento a otros se cansaron y llamaron a los padres que ya no les podían dar más ese subsidio. Todo, el transporte, la atención de los niños les valía \$2000 y en esa época era un platal, estamos hablando de comienzos de los ochenta. Que yo me enteré de eso porque yo a mis hijas nunca las tuve en un jardín. Entonces un día nos encontramos, con una señora que se llama Elba, con otra señora de arriba... como cinco señoras éramos, y nos dio la locura: Bueno y por qué no hacemos un reto, hagamos un jardín en el barrio. Pero era un reto, era un gran trabajo porque el Bienestar [Familiar]⁹ no nos hacía el jardín acá porque no había agua, no había alcantarillado; no había servicios públicos. (Grupo focal realizado el 10 de abril de 2018)

Este grupo de mujeres tuvo un primer acercamiento a la vida comunitaria, durante su juventud, ejerciendo un trabajo comunitario con fines políticos particulares. Entiendo por “política”, la posibilidad de transformación de la realidad social, mediante prácticas y proyectos realizadas por sujetos sociales con una visión utópica sobre su futuro y su intento de realizarla cotidianamente, a través de sus acciones (Torres Carrillo, 2007). El trabajo comunitario que realizaban Carmen y Hermencia con los niños y jóvenes de la comunidad en las instituciones de cuidado, a partir de los ochentas, tenía como objetivo estimular su concientización sobre su realidad social y sobre la historia de organización comunitaria de Cerro Norte. Carmen, quien jugó un rol valioso en la construcción de la Epi, narró su proceso de consolidación de la siguiente manera:

—Bueno, la Epi fue un chiste porque nos tocaba bandearnos con las uñas porque no había recursos económicos —narró Carmen, en el grupo focal—. Eso fue en el 85, 86. Empezamos en el salón comunal y de ahí nos sacaron. De ahí nos llevaron pa’ la loma a una casa prefabricada. Allá había un sitio recreativo para los niños, se llamaba “El maracaná”. Eso era una arenera y ellos armaban su cancha de futbol y eso era su espacio recreativo. Yo iba allá y le armaba a la Epi su espacio los viernes; ese día no les hacíamos actividad académica [...] Nos reuníamos el

⁹ El Instituto Colombiano de Bienestar Familiar (ICBF) es una entidad del estado colombiano encargada de la protección integral y el bienestar de la primera infancia, la niñez y las familias en Colombia. Se encarga de prevenir la vulneración de sus derechos y brinda atención especial a aquellos en condiciones de inobservancia, amenaza o vulneración de sus derechos (Instituto Colombiano de Bienestar Familiar, n.d.).

miércoles o el jueves [con las demás profesoras] para planear que les íbamos a hacer [los viernes a los niños] ¿Para qué hacíamos eso? Para enseñarles autonomía.

—¿Autonomía...? —le pregunté para conocer específicamente a qué se refería.

—De conocimiento del barrio y de apropiación del barrio— me respondió Hermencia.

—De apropiación del territorio —continuó Carmen—. Entonces yo les decía a los chicos, “¿qué hacemos el viernes? Si decían “queremos amasar” yo les decía: “ustedes me traen un cuarto de mantequilla, el otro me trae dos huevos, el otro esto”. Nos mandaban eso sí una cantidad de bienestarina¹⁰ del Bienestar Familiar y entonces hacíamos una galletas, o una torta o un pan.

—Nosotros aprendíamos a hacer todo eso y se lo enseñábamos a las mamás —prosiguió Hermencia—. Entonces en la tarde, de cuatro a seis, les enseñábamos a hacer tortas de bienestarina, sorbete de bienestarina porque era lo que había, colada de bienestarina, galletas de bienestarina. Desde esa época eran los talleres de madres [el Taller Solidario] para darles herramientas. Primero era la bienestarina, después cambiamos a floristería. La que sabía algo enseñaba algo a las que no...

—Siempre ha sido así —Comentó Ascensión.

—Siempre ese compartir del saber —Finalizó Hermencia (Grupo focal realizado el 10 de abril de 2018)

El ejercicio de cuidado es una invitación de las mujeres mayores a los sujetos beneficiarios de su trabajo (los niños y jóvenes de la Escuela Popular Infantil de los Hogares Infantiles), a compartir su identidad colectiva como marginados sociales, siendo esta identificación, un preámbulo a la acción transformadora. Por medio del cuidado de la comunidad las mujeres durante su juventud exhortaban a los miembros de Cero Norte a *hacer parte de*, para construir un cambio. Ese *hacer parte de* significaba despertar en el “otro” un sentido de identificación y apropiación del territorio. Es decir, sobre las obras de uso común, las organizaciones comunitaria y en general todo aquello construido por los vecinos mediante su trabajo

¹⁰ La Bienestarina es un complemento nutricional producido y distribuido gratuitamente por el Instituto Colombiano de Bienestar Familiar en todo el territorio nacional, desde 1976. Está compuesto por una mezcla de harinas de cereales y de soya, leche entera en polvo, vitaminas y minerales. Es entregada a niños, niñas, adolescentes, madres gestantes, madres en lactancia, adultos mayores y familias en condición de amenaza, riesgo o vulneración de sus derechos (Instituto Colombiano de Bienestar Familiar, 2014).

comunitario. Pero especialmente, se trataba de generar un reconocimiento sobre el valor asociado al trabajo y la organización comunitaria, como medios para lograr la satisfacción de necesidades colectivas.

La vida comunitaria de Cerro Norte en los ochentas se destacó por el trabajo de las mujeres para construir instituciones del cuidado de los niños. Carmen y Hermencia fueron actoras de estos procesos. Por su parte, Ascensión, como ella mismas reconoce: *“por esos años ya trabajaba en la Clínica y el trabajo me absorbía, por eso no me podía ya vincular tanto a todas esas cosas. Pero a la lucha y a las idas por allá a reclamar el agua, a reclamar todo eso, allá yo estaba, porque iba con mi mamá y mi familia”* (cita del Grupo Focal, realizado el 10 de abril de 2018). Otros miembros de la comunidad actuaron también alrededor de reclamos más generales, durante esos años. A mediados de los ochenta aproximadamente, se instauró en unas casetas prefabricadas al lado del HI, el centro de salud con la ayuda de estudiantes de medicina de una universidad de la ciudad (que luego se convertiría en el Club de Abuelos). En el 84 los habitantes de Cerro Norte y Villa Nidia participaron de múltiples marchas por el agua, reclamando los servicios de acueducto y alcantarillado. Gracias al trabajo de los miembros de la Junta de Acción Comunal, se logró la formalización de los barrios, necesaria para reclamar estos servicios, los cuales se instalaron en 1987; y se logró igualmente la pavimentación de las calles, la cual se realizó entre 1996 y 1998.

Retomando, las mujeres mayores se familiarizaron con la vida comunitaria de su barrio, a partir de unas condiciones materiales adversas: falta de servicios públicos básicos de agua, alcantarillado, electricidad, y gas, que dificultaba la realización de las actividades cotidianas. Al interior de las familias, la situación también era complicada, debido a los pocos recursos económicos disponibles. Sumado a todo esto, los habitantes del cerro sufrían tratos discriminatorios y humillantes debido a su pertenencia. Si ya era complicado para ellos el acceso a un trabajo bien remunerado, valorado socialmente, y con prestaciones sociales, ser de Cerro Norte era un punto en su contra a la hora de encontrar un trabajo digno, debido a la estigmatización que sufrían. Por otra parte, las autoridades distritales y gubernamentales reprimían las manifestaciones y los mecanismos colectivos utilizados para reclamar los servicios públicos y la satisfacción de sus derechos. En este marco particular, se construyó

una identidad colectiva entre los vecinos del cerro, basada en el hecho de compartir todas estas experiencias. El trabajo de la comunidad de Cerro Norte —de hombres y mujeres, jóvenes y adultos— fue una contestación basada en estas experiencias y una herramienta para dar solución a las necesidades compartidas.

Las primeras formas de inmersión en la vida comunitaria de las mujeres mayores, cuando eran jóvenes, fueron mediante el ejercicio del trabajo comunitario: cargando piedras para construir la represa, yendo con sus familias y vecinos a marchar por los servicios públicos, preparando los alimentos para las ollas comunitarias, y asistiendo a las jornadas de trabajo comunitario. En esos años, varios elementos se entretrejían para conformar un sentido fuerte de comunidad: una identidad colectiva, basada en una experiencia material compartida; un sentido de pertenencia al territorio; y un sentido político transformador que guiaba las acciones colectivas. Las mujeres mayores, trabajaban *con* la comunidad; o si se quiere, había un trabajo *de* la comunidad, como sujeto colectivo en el que estaban incluidas estas mujeres mayores. En el ejercicio del cuidado comunitario, las mujeres se involucraron con la vida comunitaria de otro modo. El trabajo de cuidado es por definición un trabajo *para* alguien más. Esta nueva forma de participación comunitaria concuerda con el calendario cultural de las mujeres. Como señala Lagarde: “la mayoría de las mujeres vive, por lo menos, con dos calendarios vitales: el culturalmente aceptado para su sociedad y el suyo, conformado por los hechos genéricamente significativos de sus vidas, y por catástrofes y otros hechos sobresalientes” (2005, p. 49). Ellas realizaron las actividades de cuidar a los niños de su comunidad, cuando estaban en el momento de su curso vital en el que asumieron la maternidad. Se trataba de una extensión de su rol como madres, en el ámbito comunitario.

Las mujeres de Cerro Norte han ejercido la labor de cuidar a la comunidad haciéndose responsables por los miembros más vulnerables: niños, jóvenes y ancianos. La semilla de la organización de la comunidad alrededor de los cuidados fue la asociación de un grupo de mujeres como madres comunitarias, a comienzos de los ochenta. Paralelamente se crearon en Cerro Norte y otros barrios del sector y de la ciudad, las Asociaciones y los Comités para la defensa de los derechos de los niños y para el reclamo de mejores condiciones laborales de estas mujeres. Hermencia narra el proceso de organización de un grupo de mujeres como

madres jardineras que lograron el reconocimiento y la formalización de su trabajo a partir de su participación en tomas realizadas el Instituto Colombiano de Bienestar Familiar:

El 10 de octubre del 83 se abrió el Hogar Infantil de Cerro Norte porque en mayo hicimos un censo para mirar cual era la realidad de los niños y las niñas, y de ahí se arrancó a mirar el proceso de capacitación de nosotras [las madres jardineras]. Eso empezó desde el 82 prácticamente a gestarse la propuesta. Hasta octubre fue la lucha al Bienestar [Familiar] a que nos dieran el presupuesto para los niños y ellos no dieron. Lo dieron y construyeron una casa abajo [del cerro, que] era para los niños de Cerro Norte, y los niños del barrio iban por el cupo y no se lo daban. [...] Los Hogares Infantiles los conseguimos con la lucha de ir a tomarnos el ICBF. Íbamos y hacíamos las plenas actividades ahí en el ICBF y les decíamos que sí podía haber Hogares Infantiles acá, porque ellos decían que acá arriba no podía haber Hogares Infantiles que disque porque no había agua [...] y nosotros les demostramos que sí podía haber Hogares Infantiles, que nosotras ya nos habíamos capacitado haciendo material didáctico con las compañeras jardineras. Y lo que hicimos fue unir los barrios para poder defender los derechos y es así como se logran los jardines para El Codito, para Santa Cecilia, pa' La Estrellita, para todos los barrios. Porque sí había unas casas de cuidado diario que eran las pioneras, [las madres comunitarias]: la señora Blanca, la señora Sixta, la señora Silvana y la señora Carmenza. Ellas cuidaban en sus casas a los niños. Pero cuando ya nos unimos como organización ya se logra que cada barrio creara su Asociación y empezamos a trabajar con niños en los cerros. (Grupo focal realizado el 10 de abril de 2018)

Desde 1982 hasta el reconocimiento oficial del Hogar Infantil por parte del Bienestar Familiar en octubre del siguiente año, las madres jardineras hicieron un uso estratégico de su tiempo para poder asumir sus diferentes responsabilidades. Ellas se empleaban en la economía informal y trabajaban por días. De modo que en sus días libres realizaban su trabajo como madres jardineras, y los demás días que se iban a trabajar, dejaban a sus hijos al cuidado de sus compañeras y aportaban en especie llevando agua, alimentos, o *cocinol*¹¹. De tal forma

¹¹ El cocinol es un combustible de alto grado de explosividad. Fue subsidiado por el gobierno para que la población de escasos recursos de Bogotá cocinara; de uso común entre 1970 y 1990, cuando comenzó a ser reemplazado por el uso masivo de gas propano. La recurrencia de accidentes por su uso llegó a ser tal que en

que cumplían con su rol de cuidadoras en el espacio doméstico, cuidando de sus hijos; en el espacio laboral, ejerciendo un oficio para obtener recursos monetarios para el mantenimiento de sus hogares; y en el espacio comunitario, cuidando sus hijos y a los de sus vecinas.

Para estas mujeres mayores, participar de la vida comunitaria a través del cuidado de la comunidad entre 1980 a los 2000 aproximadamente, cuando ellas estaban entre sus treinta y cuarenta años, respondió además a un modo estratégico de asumir su responsabilidad en la prestación de cuidados. Hermencia trabajó durante diez años como madre jardinera en el Hogar Infantil de Cerro Norte, hasta 1993. A partir de entonces ha continuado con sus labores de cuidado de la comunidad en la Epi, y después con el Club de Abuelos. Su trabajo comunitario en la Coordinadora ha significado una ventaja porque le permitió estar cerca de sus hijos cuando ellos eran adolescentes y estaban expuestos a situaciones riesgosas. Como ella misma reconoce:

Si yo no hubiera tenido la oportunidad de trabajar acá en la comunidad y estar cerca de mis hijos hubiera sido más tenaz porque acá hay problema de droga e incluso mis hijos tenían relación con personas que consumían, e incluso había profesoras que decían: “que sus hijos andan consumiendo, que sus hijos son unos gamines”. Y yo ahorita los veo y digo “¡Agh!, yo no pude darles mucho pero ellos están siendo responsables”, entonces qué más le pido a la vida. Gracias a Dios por haberme dado esta oportunidad. (Grupo focal realizado el 10 de abril de 2018)

El cuidado de la comunidad les permitió a las mujeres estar cerca de sus hijos mientras realizaban una labor de la que recibían un “reconocimiento” económico. Es decir, de llevar a cabo la *responsabilidad absoluta por el hogar*. Trabajar cuidando a los hijos de sus vecinas le permitía estar cerca a sus hijos, y les daba la oportunidad de ejercer tres trabajos en un mismo espacio y al mismo tiempo: cuidar de sus hijos, cuidar de la comunidad y realizar un trabajo asalariado. De modo que ellas asumieron los roles correspondientes a la “doble y triple” jornada pero sin tener que sobrecargarse con la ejecución de varias jornadas laborales como tal. Esta fue una forma estratégica e inteligente de agenciar sus tiempos. Son las madres que viven en sectores de bajos recursos como el de Cerro Norte, quienes deben desarrollar

Bogotá cada cuatro horas era hospitalizado un paciente por accidentes derivados de su uso, y en los pabellones de quemados de la ciudad se recibía casi la mitad de los quemados del país (Redacción El Tiempo, 1993).

estrategias de cuidado para articular sus responsabilidades familiares y laborales, a través de su participación en el ámbito comunitario (Zibecchi, 2014). El trabajo comunitario se vuelve una expresión del ejercicio doméstico para las mujeres en cuyas vidas los hombres proveedores no estuvieron presentes de manera atenta.

En el ámbito comunitario las mujeres tienen la posibilidad de enriquecer su capital social. El capital social extradoméstico de las mujeres les brinda beneficios a los que difícilmente puedan acceder mediante su capital familiar. Las redes que establecen con otras mujeres en los encuentros en los espacios público y comunitario son contactos que han permitido ampliar sus intereses y su vida fuera del hogar. Como comparte Hermencia:

Yo he tenido la posibilidad de ir a diferentes lados, por esto pude ir a México, por esto conocí Cartagena, Cali, Medellín. Por todo esto, por los encuentros, por las reuniones de las plataformas que nos ayudan a financiarnos, por el trabajo mismo con la comunidad, con la Epi. Una profesora del colegio [Agustín Fernández] fue la que me dio la oportunidad de ir a un encuentro que hubo allá en México. Entonces esto es alimento para mi vida. Yo creo que es lo que enamoró de todo esto. (Entrevista realizada a Hermencia el 3 de agosto de 2018)

El acceso a oportunidades como estas ayuda a la autorrealización de las mujeres, a que estén satisfechas con sus propias vidas, porque les permite hacer actividades que son solo para ellas y que no requieren estar pendientes de alguien más sobre quien se es responsable.

El trabajo comunitario además ha sido una oportunidad para las mujeres de desarrollarse durante su juventud y adultez. Estas son épocas de las vidas de las mujeres de este cohorte generacional en las que se requería que ellas gastaran sus recursos de tiempo, energía y dinero en el cuidado de sus hijos y mantenimiento de su hogar. Para Hermencia su labor en la Coordinadora de Organizaciones Populares de la Niñez le permitió capacitarse:

Después de terminar bachillerato me metí a hacer cursos en salud, familias, dinámicas de calle y me gradué de asistente pedagógica. Hice gestión comunitaria, hice diplomados. Todo ha sido gracias al trabajo aquí con la comunidad. Porque la dinámica que decía Hugo [Fernández] era que estudiáramos y por eso se crean también los proyectos para que nosotros pudiéramos trabajar y formarnos al mismo tiempo. (Entrevista realizada a Hermencia el 3 de agosto de 2018)

Al igual que ocurre con las mujeres de zonas desamparadas en la capital Argentina, para las mujeres de Cerro Norte ejercer el trabajo de cuidado en el ámbito comunitario les permite “evitar (o escapar) de la inserción laboral que el mercado de trabajo les reserva a las mujeres pobres de la región: el servicio doméstico” (Zibecchi, 2014, p. 131). Las mujeres de Cerro Norte han encontrado en el trabajo de cuidar la comunidad una alternativa atractiva a desempeñarse en otros empleos. Incluso si tuvieran que paralelamente realizar actividades de “rebusque” como hacer y vender dulces, almuerzos, anchetas, navideñas o cualquier otra forma para tener otra entrada de dinero.

El trabajo comunitario como herramienta de transformación

Para otras mujeres, la participación en la vida comunitaria no correspondía a una forma estratégica de asumir la responsabilidad por el cuidado del hogar. Para otras mujeres que también eran madres, ser partícipes de la vida comunitaria correspondió una vocación con un sentido político. Para realizar un trabajo comunitario, las mujeres debían tener primero solucionado el tema de provisión de cuidados de sus hijos, y segundo la provisión recursos económicos. Carmen llegó a Cerro Norte a sus 25 años en 1971, cuando su hija menor tenía solamente veinte días de nacida. Durante cinco años se dedicó al trabajo de criar a sus dos hijas, mientras que su marido —con quien no tiene una buena relación y de quien prefiere no hablar— asumía el rol tradicional de proveedor. Después, por la falta de recursos económicos en su hogar, ella se vio obligada a ejercer diferentes oficios para asumir junto con su esposo el rol de proveedora. Durante veinte años aproximadamente, desde el 75 hasta el 95, realizó trabajos diferentes entre los que se encontraba ser vendedora en una floristería y en una farmacéutica, y ser profesora de la Epi. Carmen dejó de ejercer la doble jornada laboral con el fin de llevar dinero a su hogar, desde que sus hijas terminaron sus carreras universitarias y asumieron el rol de provisión de recursos.

A mediados de los noventa, cuando Carmen era una mujer entrando a los cincuenta años, ella ya no debía preocuparse de la crianza ni del sostenimiento material de su hogar. Sus hijas ya eran adultas responsables que se encargaban de esa labor. Sin embargo, ello no la hizo alejarse del ámbito comunitario. Al contrario, a partir de 1995, ella asumió una labor comunitaria que le dio visibilidad política a raíz de su pertenencia a la Junta de Acción Comunal. Sin embargo, la actitud de los miembros de la comunidad de Cerro Norte en

general, hacia estos mecanismos de participación y formas de representación dificultaron su labor. Así lo narra Carmen:

—[Cuando] pasé por la Junta de Acción Comunal, tuve que ver mucho con la cuestión de la pavimentad. Fue una época muy pesada, la gente no entendía la magnitud de decir: “Bueno, démosle un desarrollo al barrio”, sino todo el mundo en contra, todo el mundo bravo. Entonces fue una época difícil para mí pero yo misma me di consejo, me dije: “No me voy a dejar de ladear de esas palabras”. [...] Como abajo pusieron una valla que decía cuánto valía el proyecto entonces empezaron a decir: “Eso los de la Junta echan serrucho y se reparten la plata”. En el colectivo una señora venía diciendo eso. Ella venía al pie del conductor y yo venía atrasito. Entonces yo le toqué el hombro y ella me volteó a mirar. Y yo le dije: “Vea, hay una cosa, si usted sabe que la Junta está quitando plata del proyecto de la pavimentada, hay tres entidades donde usted puede ir a denunciar eso, pero este segura de que eso es cierto”. Eso la vieja se puso roja. [...] Después yo encontraba gente hablando en las tiendas, de la Junta de Acción comunal. Y yo decía: “Eso es fácil, vaya y postúlese, haga su grupo. Usted vive aquí en el barrio, tiene todo el derecho del mundo en pertenecer a la Junta. Pruebe y verá lo rico que es”. [...] Hasta con la señora presidenta del [barrio] La Perla también peleé porque ella era: “A mí que me pavimenten el barrio, el resto a mí que me importa”. Le dije: “Pues no es una buena líder porque uno pide los proyectos completos y hay que pelear por los proyectos completos”. Después cuando nos llamaron para decirnos que la plata ya se había acabado, que no pavimentaban arriba porque el presupuesto no había alcanzado, entonces yo me bajé, dígame al uno, dígame al otro: “Camine que necesitamos irnos al IDU, necesitamos apoyo”. Y llegué yo sola.

—Como siempre —intervino Ascensión mientras reía.

—Tanta gente y me tocó llegar a mi sola —prosiguió Carmen—. [...] Qué iban a alcanzar los recursos si se roban los materiales, se roban la plata, se roban todo. [...] [En otra ocasión] llegó el ingeniero, porque él llegaba a mi casa a tomar tinto y después se bajaba a trabajar, y me dice: “Imagínese que anoche dejamos tres viajes de piedra para los pozos y no amanecieron. Y yo le dije: “Tranquilo, tómese el tinto y ahorita miramos, que esas no se las llevaron volando”. Se tomó el tinto y nos

bajamos y vimos [el camino] por donde llevaron la carretilla con la piedra. Nos fuimos y por allá en un lote al fondo tenían el montón de piedra. Entonces me dice [el ingeniero]: “¿Y qué hacemos ahí?”. Yo le dije: “Eso es fácil. Vámonos a la policía y les ponemos un denuncia, y la multa tiene que ser que nos pongan la piedra donde estaba y que nos compren otros dos viajes de piedra, por castigo”. Y así les tocó. [...] Después de todo eso, en el 98, yo salí [de la Junta de Acción comunal] y entró Dilia de presidenta, mi hija. (Grupo focal realizado el 10 de abril de 2018)

Este relato biográfico de Carmen nos muestra el ejercicio de la participación comunitaria cuando las mujeres ya han concluido con gran parte de su labor de cuidadoras del ámbito doméstico. Si bien, el cuidado del hogar no se limita a la crianza de los hijos, pues implica también el ejercicio de las labores del hogar, asociadas con el trabajo doméstico como cocinar, hacer el aseo, mantener la ropa de la familia limpia. La provisión de cuidados dentro del ámbito doméstico es además del ejercicio de la maternidad, el cuidado del esposo. Especialmente para los miembros de este cohorte generacional —hombres y mujeres—, quienes asumen unos roles de géneros tradicionales.

Hasta entonces he mostrado como la inserción de las mujeres a la vida comunitaria ha respondido a un mecanismo de contestación ante unas condiciones materiales de precariedad y segregación social; y a una estrategia de provisión de cuidados, durante la etapa adulta de las mujeres asociada a la maternidad. El cuidado primordialmente consiste en un trabajo (Molinier, 2011). Sin embargo, está imbricado dentro de unas dimensiones subjetivas, emocionales y afectivas que son interesantes de analizar para comprender otras motivaciones que han llevado a las mujeres mayores a involucrarse en la vida comunitaria dentro de contextos urbanos de pobreza y exclusión. Etimológicamente el cuidado engloba las dos dimensiones que también comprende el término en inglés (*care*): una subjetiva y otra material. El cuidado comprende una responsabilidad, preocupación y disposición (*care about*), es decir, la dimensión subjetiva; y al mismo tiempo una ocupación, un trabajo (*care for*), la dimensión material (Molinier & Legarreta, 2016). El trabajo de cuidado deriva de una preocupación por, que se realiza en la ocupación de cuidar.

En los relatos de Carmen y Hermencia sobre las razones por las que decidieron entrar al espacio del Club de los Abuelos, se aprecia esta dimensión subjetiva del cuidado. A propósito, Hermencia relata sobre su trabajo en el Club:

Con los abuelos yo llevo acá trabajando ya como doce años. Esto antes era un espacio con algunos adultos mayores pero sin techo, que no había un refrigerio, no tenían ni el derecho a entrar al baño, porque no había; esto era una casetica no más. Al ver yo todo eso me decidí entrar acá, siendo nombrada por la Junta [de Acción Comunal]. Entonces desde la época que me metí a la Junta yo he seguido, pero más lo he hecho por poder brindarle unas condiciones diferentes a los abuelos. (Entrevista realizada a Hermencia, el 3 de agosto de 2018)

Hermencia comenzó a hacer parte del Club cuando cumplió sus cincuenta años aproximadamente, al igual que Carmen cuando empezó su labor comunitaria con fines políticos a través de la Junta de Acción Comunal. Y al igual que Carmen, Hermencia también se alivianó de las responsabilidades de cuidado en el hogar al haber finalizado la labor de la crianza. Por su parte Carmen, cuenta cómo ella, al igual que Hermencia, también se decidió a trabajar en el Club por una preocupación por los abuelos:

Yo entré al Club para trabajar en pro de los abuelos, para ellos, y uno no pierde esa cualidad. Entonces uno quisiera seguir... Hubo un tiempo en que sí, yo trabajaba con el sueño de que este espacio fuera destinado al adulto mayor en vista de que había bastantes. Resulta que supuestamente para los sueños míos, aquí iba a entrar toda la etapa primera de los que hicieron el barrio, los fundadores del barrio. (Grupo focal realizado el 10 de abril)

A través de toda esta historia de participación en la vida comunitaria de Cerro Norte, podemos examinar cómo en el ámbito comunitario opera una división sexual del trabajo. Al igual que en el espacio doméstico y el laboral. En Cerro Norte, los hombres han participado de los espacios comunitarios a través de las jornadas de trabajo comunitario y por lo tanto en la construcción de toda la infraestructura de uso colectivo (la represa, el salón comunal, el colegio, el Hogar Infantil, la Iglesia, los lavaderos comunales), a partir de los setentas. Los hombres también ejercieron papeles de visibilidad y reconocimiento político como presidentes de la Junta de Acción Comunal o líderes de los procesos de legalización de los barrios, en los ochentas y en los noventas. Es decir, ejercieron el rol de representantes de la

comunidad en el espacio público. Actualmente, cuando ya no hay necesidades colectivas que afecten a toda la población del barrio en general; que está solucionado la provisión de servicios públicos básicos, y que ya hay infraestructura de uso común, la presencia de hombres en los espacios comunitarios es prácticamente nula, salvo algunas excepciones. Las mujeres también han ejercido todas esas labores, pero ha sido exclusivo de ellas cuidar de la comunidad. Los hombres, por su parte, se han autoexcluido de los espacios y las prácticas comunitarias relacionadas con el cuidado.

Las mujeres mayores del Club de Abuelos de Cerro Norte han ingresado a la vida comunitaria siguiendo dos lógicas principales. Una de ellas ha sido una respuesta a la responsabilidad de prestación dentro de cuidados en el hogar. Las mujeres que han participado de los espacios comunitarios bajo esta lógica han efectuado un cuidado de la comunidad. Aunque parezca paradójico, ellas han cuidado a los hijos de sus vecinas antes la necesidad de alguien que cuide de sus propios hijos. El trabajo de cuidado comunitario les ha dado a las mujeres la posibilidad de cumplir con la *responsabilidad absoluta por el hogar* de una forma estratégica. Ellas han agenciado inteligentemente sus tiempos para poder realizar tres labores sin tener que sobrecargarse realizando las tres jornadas laborales: el cuidado en el hogar, la realización de un empleo, y el cuidado de la comunidad. La otra lógica que movió a las mujeres a ser partícipes de la vida comunitaria fue una experiencia compartida de carencias materiales y de segregación social. A partir de esta lógica las mujeres han participado de los espacios comunitarios ejerciendo acciones colectivas con fines transformadores. Hacer parte de la vida comunitaria, incluso si es realizando trabajos de cuidado, ha enriquecido la vida de las mujeres porque permite su crecimiento personal y profesional, ampliar sus interés y sus redes sociales más allá del espacio y los miembros de su hogar.

Capítulo II: El ámbito comunitario en la vejez. Un espacio para sí mismas

En este capítulo me enfocaré en las experiencias de vejez de las mujeres mayores en relación con los diferentes modos de involucrarse en el ámbito comunitario. En nuestras sociedades, la última etapa es pensada como una de dependencia, un proceso crónico e irreversible, que requiere de otro para asistir un cuerpo y una mente en declive (Klein, 2016). Sin embargo, no todas las personas experimentan este proceso, muchas personas terminan su vida en una edad avanzada sin nunca haber vivido una vejez senil. Debe buscarse entonces otras aproximaciones a la última etapa de la vida, que no se limiten a parámetros biologicistas. Hace unas décadas, la jubilación hace unas décadas era uno de los principales parámetros sociales para marcar la entrada a la vejez, pero con una esperanza de vida de unos quince años más después del momento de la jubilación, esta pierde vigencia como herramienta para reconocer el inicio de la vejez (Ramos, 2018). Si entendemos la vejez como la última etapa, debemos de abrir el espectro de su caracterización, dando cabida a múltiples formas de ser viejo o vieja más allá de los clásicos parámetros como la senilidad y la salida del mercado laboral. Los cuales están relacionados con la improductividad y la inutilidad social (Klein, 2016; Ramos, 2018) y conducen a una calificación peyorativa de las personas que quedan cobijadas bajo esta categoría.

La vejez no tiene por qué significar volverse inútil socialmente, a partir de la transición de trabajador a jubilado, especialmente para el caso de las mujeres, quienes a lo largo de sus trayectorias vitales llevan ejerciendo diferentes trabajos de cuidado en el ámbito doméstico, laboral y comunitario. Es decir, en todos los espacios en que han desarrollado su trayectoria de vida. La vejez tampoco tiene que ver necesariamente con un cuerpo en declive que requiere de otros para llevar a cabo la vida cotidiana. La experiencia cotidiana de estas mujeres mayores nos recuerda que hay otros modos de aportar a la sociedad fuera del mercado laboral y la economía de mercado; y que se puede llevar el día a día con vigor y autonomía. Las experiencias cotidianas de estas mujeres durante esta etapa de sus trayectorias vitales no son las de una vejez típica y estereotipada: dependiente, inactiva, aislada del mundo social; una espera pasiva a la muerte. Aunque las experiencias del curso vital de las personas son heterogéneas, sin embargo por estas características, las mujeres mayores de este escrito

comparten una experiencia de vejez similar. A través de sus vidas concretas, la experiencia compartida de vejez de este grupo de mujeres mayores ayuda a repensar la “vejez”, porque se trata de otras formas de vivir esta etapa, de otras vejezes posibles.

Definirse a sí mismas según su edad: mujeres no-viejas

Las mujeres mayores se resisten a apropiarse de “vejez” como una característica primordial para su identificación como personas. Ellas reconocen en sí mismas atributos de vejez, como su edad cronológica; y manifestaciones de su edad fisiológica en sus cuerpos y sus rostros. Aun así, se disponen a hacer evidente su identificación como no-viejas porque conocen los estereotipos sociales negativos asociados con la vejez con los que no quieren ser vinculadas. Para ello, apelan a diferentes mecanismos como utilizar eufemismos que hagan referencia a esta etapa, sin tener que utilizar la palabra “vieja”; hacen evidente la continuidad de su experiencia vital respecto a etapas anteriores; y comparan sus vidas con las de otras personas a las que sí reconocen como viejas, para mostrar el contraste y las diferencias entre ellos y los demás.

Su rechazo por identificarse como mujeres viejas es tal que ellas nunca utilizan la palabra sino que prefieren eufemismo como “adulto mayor” o “abuela” que hacen referencia a personas de edad avanzada pero sin la carga peyorativa de “vejez”. Así lo compartieron las mujeres durante el Grupo focal. Carmen, de 72 años, comparte su identificación de forma parcial dentro de la categoría de la siguiente manera: *“En este momento sí le toca a uno sentirse como adulto mayor porque ya uno da pasito a pasito a la fila... Entonces ahí estamos”*. Al respecto, Ascensión, de 64 años, considera que la edad se define a partir de una actitud jovial que emana desde el interior de la persona: *“La vida y la edad le dicen todo. Pero a pesar de tener esa edad, esa vida, el alma es la que uno mantiene joven. Y entonces si el alma esta joven usted no se siente sino de quince”*. De modo similar, para Clemencia, la edad no se define a partir de un criterio cronológico: *“Yo tengo setenta pero no me siento de todos esos años. ¡Yo me siento de quince! Yo me siento vigorosa todavía, para participar en todo, en el baile, en natación, en lo que sea”* (Grupo Focal, 10 de abril de 2018). Las mujeres son conscientes de la vigencia de la edad cronológica como un factor que define la vejez y lo cuestionan como tal a partir de sus propias experiencias. Para ellas tiene mayor

relevancia el modo cómo se sienten, una disposición y una actitud jovial hacia la vida, que un elemento cronológico a la hora de definirse.

Acudir a su experiencia es el principal mecanismo utilizado por las mujeres para identificarse respecto a su edad. Ellas hacen referencia a sus vivencias pasadas para seguir identificándose como las mujeres que han sido y siguen siendo. Se reconocen como personas trabajadoras y activas a lo largo de sus trayectorias de vidas, incluso durante la vejez. Ellas encuentran en su definición como trabajadoras, una continuidad entre las etapas anteriores de su vida con el presente. Como cuenta Ascensión:

Yo soy activa igual como lo era activa en mi labor, en mi trabajo. Yo vivo con mi hijo y con mi hermano menor y me dicen: “Pero siéntese mujer, ¿es que todo el día usted parece una hormiga!”. Y les digo: “Ay, qué pena. A mí me enseñaron desde muy sardinita, desde niña a estar funcionando y si yo me quedo sentada paila, grave, ¡gravísimo!” (Entrevista realizada el 15 de marzo de 2018)

Mantenerse como personas activas es una característica importante para definirse a sí mismas. Al respecto Carmen comparte:

Yo no estoy en todas las actividades del Club [desarrolladas para los abuelos] porque no me gusta sentarme a escuchar ahí. A mí me gusta estar más activa, y en el trabajo era igual. A mí no me gustaba sentarme horas, me gustaba meterme en los trabajos que tuviera que moverme” (Grupo Focal, 10 de abril de 2018).

La construcción social de la vejez establece la inactividad y la pasividad como características de las personas viejas. Las mujeres mayores hacen evidente que en la etapa actual de sus vidas no cumplen con dichos adjetivos, para así desligarse de su asociación con la categoría “vejez”. En este sentido, tener una vida ocupada y activa es motivo de satisfacción personal porque se reconocen a sí mismas como personas joviales. Así es como las mujeres mayores encuentran en la continuidad de su trayectoria vital una forma de identificarse así mismas como mujeres no-viejas.

Las mujeres reconocen que con la jubilación, como ritual de paso a la vejez, ocurre una ruptura en su experiencia vital. Es un antes y después de la productividad. Por lo que buscan herramientas para mantenerse activas y productivas. Para Ascensión, su trabajo en una organización católica y en el Club de Abuelos le permiten lograr esta continuidad:

Cuando yo me iba a pensionar todo el mundo me decía que yo me iba a desesperar, que iba a estar muy aburrida en mi casa porque toda mi vida yo salí, yo nunca estuve en casa. Entonces les dije: “Espere tantico, porque yo tengo mucho trabajo”. Yo he ido ahorrando mucho trabajo para después. Yo ayer hice una lista de todo lo que tengo para trabajar con abuelos. A mí me faltan antes es manos, con todo el trabajo que tengo. Tengo la casa, tengo la Legión de María y tengo Abuelos. Entonces le di a entender a la gente que no era la persona amargada que me iba a meter a la cama después de jubilarme. (Entrevista realizada a Ascensión el 15 de marzo de 2018)

Como señala Ramos, estar fuera del sistema productivo del mercado tiene una implicación peyorativa por el valor fundamental que ocupa la productividad en nuestras sociedades. De modo que a la jubilación, y de paso a la vejez y las personas mayores se les asocia con la improductividad o la inutilidad social (Ramos, 2018, p. 88). Las mujeres (y los hombres) mayores no pueden mantenerse productivas mediante su inserción en el mercado laboral debido a su edad cronológica. Sin embargo, vale recordar, que este grupo de mujeres a lo largo de sus vidas debió empelarse en la economía informal, ejerciendo trabajos de cuidado, mal remunerados y poco valorados. En la economía informal también fueron rechazadas después de cierta edad, de acuerdo con criterios edadistas. Las mujeres son sacadas de a poco del espacio laboral, cuando su empleador empieza a notar “síntomas de vejez” en ellas. Así le sucedió a Rosa, quien toda su vida trabajó como empleada doméstica interna en casas de familia, hasta antes de cumplir sesenta años, cuando:

Ya no me apetecieron más a trabajar porque yo ya iba avanzando los años y me ponían a lavar los vidrios, las paredes y que si yo me dejaba caer ellos no se hacían responsables porque eso a uno no lo afiliaban a nada [de seguridad social]. Entonces por eso ya cuando me echaron, cuando me empezaron a rechazar, entonces yo decía ¿qué hago?, porque toda mi vida yo pensaba que hasta esa época o más cucha debía estar trabajando en las casas y no fue así, [no fue] como yo tenía mis sueños. Y de ahí entonces pues por eso, como yo ya sabía que aquí estaba el Club [decidí entrar]” (Grupo focal realizado el 10 de abril de 2018).

Los hermanos de Rosa que vivían en Cerro Norte le aconsejaron comprar un lote en el barrio para construir su propia casa. Ella logró hacerlo gracias a sus ahorros de toda una vida de trabajo. Rosa llegó al territorio en la segunda mitad de los noventas, por los mismos años en

que se creó el Club de Abuelos, y desde entonces ha participado en “Los Conquistadores”. Es así como la participación en el ámbito comunitario organiza la experiencia cotidiana de las mujeres mayores luego de experimentar una jubilación forzada. En este sentido, el ejercicio de actividades en el ámbito comunitario reemplaza el oficio o la labor que solían realizar antes de la vejez.

Otra de las formas en que las mujeres mayores se separan del concepto de vejez es comparándose con personas que representen a través de sí mismas la idea de vejez. Ellas reafirman su condición como no-viejas en el encuentro cotidiano con los abuelos. Así lo expresa Ascensión, respecto a su pertenencia al Club, definido como el espacio de los abuelos: *“Cuando me preguntan para donde voy yo digo: ‘Para donde los abuelos’, pero no digo ‘mi lugar’. No me siento que sea abuela, por la edad”* (Grupo focal, realizado el 10 de abril de 2018). Por su parte, Rosa establece relaciones de contraste entre sí misma y sus vecinos, quienes encarnan la idea peyorativa del viejo a través de su comportamiento: *“Viniendo acá [al Club] me siento feliz, me siento activa. En cambio los que no vienen acá, de mi cuadra dicen ‘Ay no, eso por allá no voy. Toca bajar caminando, eso es mejor estarse acá [en la casa]. Uno ve televisión y si se cansa, se levanta y hace uno de comer y va se tira en la cama’”* (Grupo focal, realizado el 10 de abril de 2018). Las mujeres mayores buscan en los otros con quienes tienen encuentros cotidianos, criterios vinculados con la construcción social de la vejez—siendo la edad cronológica y la improductividad los más empleados. En la comparación con ese otro se encuentran desemejantes y en consecuencia, no-viejas.

Ahora bien, después de esta exposición sobre las estrategias que encuentran las mujeres mayores para declararse como no-viejas, el lector podría preguntarse por qué es pertinente el uso de “vejez” para referirse a ellas. Siguiendo a Teresa del Valle, la edad es una experiencia humana a partir de la cual casi todas las sociedades y culturas conforman una categorización social (niños, adolescentes, jóvenes, adultos, adultos mayores, viejos, ancianos)¹². En las sociedades occidentales se han creado múltiples conceptos para definir

¹² A medida que la vida humana se prolonga se crean nuevas categorías de clasificación de acuerdo con criterios de edad (Osorio, 2006a). Así, la categoría “infancia” ahora puede dividirse entre primera infancia, infancia, preadolescencia y adolescencia. Para la categoría “vejez” ocurre lo mismo: ahora se habla *de adultos mayores, tercera, cuarta y hasta quinta edad*.

las últimas etapas de la vida, tales como *tercera edad*, *cuarta edad* o *ancianidad*. Sin embargo, estos conceptos se crean teniendo como criterios la edad cronológica y el cese de la actividad laboral; y deben ser puestos a revisión porque: por una parte, son conceptos vacíos de contenido; por otro lado, solo son útiles para referirse a los criterios según los cuales fueron creados; y finalmente, no se ajustan a la realidad de las personas a quienes supuestamente representan (del Valle, 2002). Estas formas de definir socialmente las edades, o “edad atribuida” permite analizar la vejez como un modo de categorizar a las personas, desde una perspectiva *etic*, a partir de su edad cronológica (tener 62, 70 o 85 años, por ejemplo) y según características que definen a las personas de ciertos años (definir a la persona de 62 como adulto mayor; a la de 70 como vieja, y a la de 85 como anciana, por ejemplo).

Para un análisis sobre las experiencias de vejez, no es suficiente tener en cuenta solamente las formas cómo las personas se identifican así mismas o su “edad sentida”. Si bien, estudiar la edad desde una perspectiva *emic* implica una subversión contra la edad atribuida como un “concepto inmovilista tanto de las vidas de las mujeres como de los hombres en el que los roles son fijos y la edad queda marcada por la cronología (del Valle, 2002, p. 55)”. Los modos en que las personas son clasificadas socialmente les interpela en sus relaciones con el mundo y con sí mismas. En el primer capítulo mostré cómo las experiencias vitales de un grupo de mujeres se ven atravesadas por categorizaciones sociales que marcan sus experiencias cotidianas. Así como el mandato social del ejercicio de cuidado como una actividad femenina, las llevó a ocupar espacios comunitarios. De igual modo el mandato social de la vejez, como mujeres que cumplen ciertas características, tiene consecuencias tangibles en las vidas cotidianas de estas mujeres mayores. Por ejemplo: el abandono forzoso del mercado laboral, que tiene un criterio de edad cronológica; el acceso a servicios y beneficios estatales como personas de la tercera edad; y unos roles sociales esperados como ejercer el cuidado de sus nietos, como mujeres mayores.

Ya aclarada mi elección de situar a las mujeres mayores dentro de la categoría social de vejez, de acuerdo con mi participación en el Club de Abuelos y las discusiones teóricas que acabo de exponer, continuaré por analizar la participación de ellas en la vida comunitaria, empezando por como ellas adquieren la posibilidad de participar en el espacio comunitario,

específicamente durante la etapa de su vejez. Esta posibilidad aparece en sus vidas por unos cambios al interior de sus núcleos familiares. Las mujeres adquieren tiempo que pueden destinar para sí mismas cuando se libran de la *responsabilidad absoluta por el hogar*: como cuidadoras y como proveedoras. Para las mujeres que pertenecen a este cohorte generacional, ello ocurre durante la vejez.

La vejez, una etapa para sí mismas

Las mujeres deben cumplir con el rol reproductivo que les ha sido asignado siguiendo un *timing*¹³, que está condicionado socialmente al igual que dicho rol. Deben ser esposas, madres y abuelas, de acuerdo con su edad. Para las mujeres de este cohorte generacional, su rol reproductivo empezó antes de la maternidad. Cuando eran niñas, debieron asumir el rol de hermanas mayores-segundas madres, compartiendo con sus mamás la responsabilidad de cuidados del hogar, y en ocasiones asumiendo el rol de proveedor como extensión del trabajo de cuidados. El *timing* del rol reproductivo de las mujeres de este cohorte establecía la maternidad a una edad temprana. Las mujeres debían dejar su casa para casarse, y justo después comenzar a tener hijos. Algunas cumplieron con su rol de reproducción en el “calendario culturalmente establecido” (Lagarde, 2005) para su cohorte, como Clemencia, quien tuvo a su primer hijo a los 15 años; Hermencia, a los 21 años; y Carmen, antes de los 25. Ascensión aunque cumplió con ese rol, lo hizo mucho después de acuerdo con el *timing* para esta labor, a los 40 años. Rosa por su parte, no experimentó la maternidad.

Aquellas mujeres quienes cumplieron con su rol reproductivo según el momento socialmente establecido como *el adecuado*, ahora en su vejez, tienen hijos ya adultos, responsables por sí mismos. Ello las libera de la *responsabilidad absoluta por el hogar*, pues ya no tienen que asumir varias jornadas de trabajo para proveer cuidados y recursos a su familia. Incluso si sus hijos continúan viviendo con ellas, ellos se encargan parcial o totalmente del rol de provisión de recursos aliviando la carga que solía descansar sobre sus madres. Este último es el caso de Carmen, cuyas hijas: “*Me dijeron ‘Mami, no queremos que se vaya más a trabajar. Mi mamá ya no puede con una forma de trabajo como la que les ponen ahora’*” (Apuntes de campo, febrero 9 de 2018). Ascensión, aunque fue madre a una

¹³ Momento específico en la vida de una persona en el cual ocurre un evento que marca un impacto en la sucesión de la vida, o una transición (Blanco, 2011; Blanco & Pacheco, 2003; Elder, 1998).

edad avanzada, tiene un hijo que actualmente está en edad de trabajar y contribuye con el rol de producción para llevar dinero a su hogar. En todo caso, no tener que asumir la responsabilidad de criar, cuidar y mantener hijos les da a las mujeres mayores un tiempo libre que en el curso anterior de su trayectoria vital era destinado para estas funciones.

Aun así, los hijos no son la única responsabilidad en el ámbito doméstico que asumen las mujeres a lo largo de sus experiencias vitales. Como mostré en el capítulo anterior, las trayectorias vitales de las mujeres desde su infancia están marcadas por su deber de asumir las responsabilidades de cuidado y mantenimiento de sus hogares. Cuando eran niñas o jóvenes, compartieron con sus madres la responsabilidad de estar a la cabeza del hogar. En su vejez cuidan de otros familiares en condición de vulnerabilidad, que no tienen alguien más que realice esta labor para ellos. Así, Hermencia realiza el trabajo de cuidar de su hermana debido a una situación de abandono por parte de su familia:

Mi hermana que tiene un trastorno siquiátrico se ha visto muy enferma, sobre todo este año. Veo su caso y me da tanta tristeza. Los hijos viven ahí pero como si no vivieran con ella. Ella ha estado muchas veces hospitalizada este año y ni siquiera vienen a preguntar: “Tía, ¿cómo está mi mamá?”. Porque uno espera al menos eso de los hijos, de su primer núcleo familiar. Eso ha sido duro porque cada uno tenemos nuestros problemas y tener que asumir otra responsabilidad es difícil. Por suerte como ya los [hijos] míos están grandecitos y tengo mi propia autonomía entonces yo hago lo que pueda por ella. (Entrevista realizada el 3 de agosto de 2018)

Hermencia vive junto a su hermana en la misma casa pero en apartamentos diferentes. Los cuidados mínimos que le presta son: todos los días después de levantarse prepararle el desayuno y llevárselo a su apartamento. Además de eso se encarga de llevarla a citas médicas y de las hospitalizaciones. A pesar de ello le queda tiempo para sus demás responsabilidades y actividades, como Hermencia misma lo reconoce. El trabajo de cuidar a su hermana involucra una dimensión subjetiva, el estar disponible para ella cuando lo necesite. Aun así, esta responsabilidad no requiere que ella destine su tiempo y energía vital, como lo requería el ejercicio de la maternidad.

Por su parte, la soltería faculta a las mujeres mayores a tener tiempo libre y poder de decisión sobre el mismo. Cuando eran más jóvenes algunas de estas mujeres se casaron, otras

nunca lo hicieron y otras formaron alianzas pasajeras. Clemencia y Hermencia se casaron, pero ahora están separadas. Carmen se encuentra casada pero la única relación que mantiene con su esposo es la de cuidar de él. Rosa y Ascensión nunca se casaron. De modo que estas mujeres mayores comparten una situación en su vejez y es su soltería, sin que esto tenga una connotación peyorativa para sus vidas, todo lo contrario. El matrimonio para las mujeres de esta generación además de una promesa de estabilidad era un deber social: casarse y tener hijos para no “*quedarse vistiendo santos*” cuando mayores. Las dichas del matrimonio se desdibujan en las experiencias concretas de este grupo de mujeres mayores. Independiente del marido con que hayan dado y de los problemas de cada relación, las mujeres encuentran en esta alianza limitaciones para su independencia y el uso libre su tiempo, que tienen que ver con la distribución tradicional de los roles del hogar.

Quien expresa las ventajas de la soltería de forma rotunda, es Ascensión, quien aunque nunca estuvo casada, tiene una opinión sólida sobre esta alianza: “*Esa es otra ventaja, porque los esposos lo ocupan a uno mucho. Lo cohiben a uno. ‘Solo tiene que estar acá, encerradita, cocinándome, lavándome, planchándome. Yo llego y usted tienen que estar acá’. Yo no soy de esas. No, ¡qué va!*” (Entrevista realizada el 15 de marzo de 2018). Las mujeres después de disolver sus alianzas tienen mayor autonomía para decidir cómo organizar su vida cotidiana. Tener un marido, sujetas a las mujeres de este cohorte generación a las actividades domésticas, a pesar de que las hayan realizado a lo largo de sus trayectorias de vida, incluso antes de haberse casado. Dentro de una división tradicional de las tareas dentro del ámbito doméstico, los hombres deben ocuparse del papel de producción, en el espacio laboral; y las mujeres del papel reproductivo y de cuidado, dentro del hogar. Estos roles tienen una valoración especial para las personas de este cohorte. El caso de Carmen es particular pues, como ella cuenta: “*Yo vivo con mi esposo, le cocino, lo cuido, pero no compartimos nada más, prácticamente ni nos hablamos*” (Apuntes de campo, febrero 9 de 2018). Ella sigue haciéndose responsable por sus cuidados, aunque no tengan una relación conyugal como tal; y aun así esto la posibilita decidir sobre su tiempo libre, porque no tiene ninguna presión de su marido para estructurar su día a día alrededor del trabajo doméstico, como suele ocurrir al interior de las familias de ese cohorte generacional.

Retomando, la vejez de estas mujeres coincide con la adultez e independencia de sus hijos. Además ellas han decidido por un lado, separarse de sus parejas, y por el otro, no hacerse responsables de sus nietos. Por lo general, las mujeres mayores no pueden disponer de un tiempo libre por hacerse corresponsables, junto con sus hijas, del cuidado de sus nietos; la cuál es una tarea de la que suelen responsabilizarse las mujeres mayores (Ramos, 2018). Así lo hacían muchas de las abuelas del Club, quienes se iban a mitad de las actividades o antes de que se sirviera el almuerzo, para ir a recoger a sus nietos al jardín o al colegio y cuidarlos mientras sus mamás trabajaban. Por su parte, las mujeres mayores del Club que son abuelas han decidido no asumir esta labor aunque algunas cuiden de sus nietos de vez en cuando.

La conjunción de todas estas situaciones, compartidas por estas mujeres mayores, las descarga de la *responsabilidad absoluta por el hogar* (es decir de la provisión de cuidados y de recursos), incluso si en ocasiones siguen asumiendo el cuidado de miembros de su familia. En todo caso, considerando que la construcción social de esta categoría etaria este cimentada sobre la idea de los y las viejas como personas dependientes de los otros (Freixas, 2008; Klein, 2016; Osorio, 2006a) resulta paradójico que, para estas mujeres mayores, la vejez sea una etapa de autonomía. Así lo muestran las vidas cotidianas de este grupo de mujeres. Alivianarse de la *responsabilidad absoluta por el hogar* durante la vejez, les permite a estas mujeres tener un tiempo y espacio para sí mismas. Para el caso estas mujeres mayores en particular, desprenderse tanto de la provisión de cuidados como de recursos económicos les otorga ese tiempo libre. De manera similar, Ramos afirma en su estudio con mujeres mayores españolas, que aquellas que no tienen la responsabilidad de prestar cuidados a sus familias de forma intensiva, adquieren un tiempo libre para realizar actividades que les resulten satisfactorias; y logran esta satisfacción personal mediante su participación en la vida comunitaria (Ramos, 2018). De modo que la vejez es una etapa en que las mujeres mayores adquieren un tiempo libre que antes no poseían, y mayor autonomía para decidir sobre sus vidas.

Estas mujeres mayores destinan su nuevo tiempo libre a actividades que satisfagan sus deseos personales, a través de su participación en el Club de Abuelos y otros espacios de encuentro con la comunidad. Durante la vejez las mujeres pueden cumplir sus aspiraciones,

las cuales fueron postergadas al poner primero sus hijos y sus hogares. La historia de vida más diciente al respecto es la de Clemencia. Clemencia ha vivido casi toda su vida en el departamento del Tolima, y como tal, su trayectoria vital no se ha entrelazado con las dinámicas territoriales y comunitarias de Cerro Norte, como ha ocurrido con las otras mujeres mayores. Antes de Llegar a Cerro Norte, Clemencia vivía en Ibagué, junto con una de sus hijas y su yerno. Allí se dedicaba a trabajar en su propia peluquería, y se ocupaba también en una doctrina religiosa. Sin embargo, su vida da un giro o *turning point*¹⁴, luego de ser víctima de extorsiones. Clemencia narra de la siguiente manera, el conjunto de experiencias que desencadenaron en su llegada a Bogotá:

Como me iba tan bien [con el salón de belleza] empezaron a boletearme, a pedirme vacuna. Y eso se me fue el mundo a los pies. Me robaron todo, lo único que me dejaron fue la cama, el chifonier y la ropa. La primera vez que me pidieron plata hice un crédito en la cooperativa y no había terminado de pagarlo cuando vinieron por más, y que si no les daba plata entonces me pelaban. Y después volvieron a los veinte días y me tocó volar. Donde me hubiera quedado no estaría contando el cuento. Y así fue como terminé acá. Yo estoy aquí en Bogotá desde el 18 de marzo del 2012. Viví unos años donde mi hermana y de ahí me fui donde una amiga. Ahí dure dos años, ella compró carro y como yo vivía en el garaje me tocó desocupar [...] Yo me pensaba ir pa' Carmen de Apicalá donde el tercero de mis hijos pero todo el mundo me aconsejaba que cómo me iba a ir por allá, que yo tenía acá todo. Doña Josefa [vecina de Cerro Norte] me dijo: "Clemencita, eso no se ponga a irse por allá a sufrir, acá usted tiene a sus amigas, tiene todo aquí, qué se va a ir. Yo la adopto, yo le doy posada allá en mi casa". (Grupo Focal, 10 de abril de 2018)

Clemencia se vio obligada a construir una nueva vida en Bogotá después de las extorsiones. A pesar de las dificultades que experimentó en la ciudad decidió permanecer allí en vez de volver al Tolima con alguno de sus hijos. De vecinas y amigas conoció de programas presentes en el sector que responderían a sus intereses personales, como estudiar. En 2017, Clemencia se graduó de bachiller, gracias a un programa llevado a cabo en los barrios de San Cristóbal Norte, enfocado en el adulto mayor.

¹⁴ Alteración en el camino de vida de una persona que produce un cambio en la dirección de su curso vital (Blanco, 2011; de Gastron & Oddone, 2008).

A pesar de que su salida del Tolima fue forzosa, esta le obligó a tener un momento de introspección que le hizo replantearse su vida. Su llegada a Bogotá responde a ambas cuestiones: tener que salir forzosamente del lugar donde lo tenía todo, y encontrar un nuevo lugar donde realizar su vida, independientemente de si su familia estuviese allí o no. Clemencia cuenta cómo este momento de introspección estuvo asociado a una reflexión sobre el modo como había transcurrido su vida hasta entonces:

Hace cinco años, en el 2012 me miré al espejo y me dije: “Clemencita, es hora de que usted piense en usted misma. Usted ya crio hijos, crio nietos y hasta bisnietos. Es hora de que piense en usted y haga cosas por usted”. Como yo quedé huérfana tan joven no tuve ni colegio, y toda la vida le serví a los demás. A mis hijos, a mi esposo que lo tenía en un pedestal... y al final se fue y me dejó por otra mujer. (Apuntes de campo, abril 6 de 2018)

Este *turning point* en la vida de Clemencia consistió en el giro que dio su vida material: tener que cambiar el lugar, las personas y las actividades que conformaban sus experiencias cotidianas. Su curso vital viró también por un cambio subjetivo que surgió desencadenado al episodio de las extorciones. A partir de ese momento Clemencia decidió, a sus 66 años, que era momento para vivir su vida para sí misma.

Durante la vejez, las mujeres mayores participan de la vida comunitaria de múltiples formas. Al igual que cuando estaban jóvenes, no había una un único modo de participación que englobara las experiencias y las lógicas detrás de su inserción en el espacio comunitario. Respecto a las etapas anteriores de las trayectorias de vida de estas mujeres, ocurre una ruptura sobre las razones por las que las mujeres se involucraron en los espacios comunitarios. Las mujeres hicieron parte de las organizaciones de cuidado de Cerro Norte, como una forma estratégica de ejercer el trabajo de cuidado del hogar. Carmen y Hermencia trabajaban cuidando a los niños y jóvenes de la comunidad en el Hogar Infantil y en la Epi. Ahora, que se han descargado de la responsabilidad absoluta por el hogar, no deben participar del ámbito comunitario como extensión de la tarea de cuidado del hogar. Carmen, Hermencia, Ascensión, Rosa y Clemencia participan durante su vejez en la vida comunitaria de Cerro Norte en una organización dedicada al cuidado: el Club de Abuelos “Los Conquistadores”. A diferencia de las dos primeras mujeres, Ascensión en su juventud, no participó en los espacios de cuidado comunitario. Rosa comenzó a involucrarse con el ámbito

comunitario desde su llegada a Cerro Norte, en los noventa cuando estaba comenzando su adultez mayor. Clemencia también se implicó en el ámbito comunitario en su adultez mayor, pero lo empezó a hacer en el Tolima.

El cuidado comunitario en la vejez:

Las mujeres mayores participan en los espacios comunitarios dedicados al cuidado durante la vejez, incluso cuando ya no deben realizar el trabajo de cuidar de sus hogares. En el Club de Abuelos “Los Conquistadores” las mujeres mayores cuidan de los abuelos y abuelas de los barrios Cerro Norte y Villa Nidia. Hermencia trabaja intensamente en el Club para atender a los abuelos. Hermencia es el corazón del Club pues sin su labor, este no podría mantenerse funcionando. Las demás mujeres mayores que realizan el trabajo de cuidado de los abuelos en “Los Conquistadores” son otros órganos vitales. Hermencia ocupa la mayoría del tiempo que pasa en el Club en la cocina, preparando diariamente los alimentos para los abuelos, junto con otras dos mujeres mayores. La Fundación Niño Jesús ya no ofrece sus talleres, pero les da a estas tres mujeres un presupuesto para el almuerzo y el refrigerio que se ofrece todos los días de lunes a jueves. De modo que la tarea de cocinar implica sacar un tiempo fuera del Club para conseguir los alimentos y subirlos hasta el Club desde las tiendas que se encuentran abajo, en la carrera séptima.

Hermencia casi nunca participa de las actividades que se realizan arriba, en el salón donde se reúnen los abuelos, porque está casi siempre en la planta de abajo. Allí trabaja en la cocina, y en sus tiempos de descanso, charla con las otras mujeres mayores mientras comparten un tinto. A parte de estas actividades cotidianas en el Club, el cuidado de los abuelos implica el ejercicio de unas actividades logísticas. Entre ellas, se encuentra buscar organizaciones y programas estatales que den financiación al Club de Abuelos y que realicen actividades de recreación y formación; e ir a las reuniones organizadas por estas entidades. Hermencia también se encarga de caminar las empinadas calles del cerro, promocionando el Club y buscando abuelos y abuelas que vayan al espacio.

Ascensión, por su parte, ponía en práctica sus conocimientos como enfermera para cuidar de los abuelos. Ella iba al Club tres días a la semana: los lunes, los martes y los jueves.

Los miércoles y los viernes realizaba su labor de voluntariado en una biblioteca como parte de sus deberes en la Legión de María. Todos los lunes, Ascensión se encargaba de llevar el control de tensión y de signos vitales de todos los abuelos, y llevaba un registro de cada uno. Cuando la idea de Hermencia de organizar a los miembros del Club en “comités de trabajo autónomo” estaba en pie, Ascensión fue de las pocas personas que se dedicó planear las actividades el día en que le respondía a su comité. Un día incluso se despertó a las tres de la mañana para tener preparada la actividad del día. Los martes y los jueves Ascensión ayudaba a las *profes* a la realización de las actividades o las reemplazaba cuando ellas no iban. Además se encargaba de servir el almuerzo para los abuelos y de lavar la loza, cuando fuese necesario.

Carmen, Rosa y Clemencia, por su parte aportaban al cuidado de las abuelas ejerciendo esas mismas tareas de vez en cuando. Servir los refrigerios, los almuerzos; limpiar el espacio después de las actividades. Ellas prestaban su trabajo cuando se necesitara. Estas tres mujeres se dedicaban más a otras tareas en el Club que al cuidado de los abuelos.

Clemencia en particular, realizó la labor de cuidado en el ámbito comunitario en el Tolima, donde vivía antes de llegar a Bogotá por los eventos infortunados de los que fue víctima. El ejercicio de cuidado de Clemencia no tiene las mismas significaciones políticas y territoriales que ha tenido a lo largo de la historia en Cerro Norte, para mujeres como Hermencia y en menor medida Carmen, sino que ha estado anclado a unos valores religiosos. En el Tolima, Clemencia tenía su salón de belleza y asistía a una doctrina, en la cual ejercía el trabajo de cuidado comunitario. Clemencia, al contar sobre su trabajo en la peluquería, expresa el compromiso que ella tenía sobre su labor comunitaria: *“A mí me iba muy bien en el salón allá, tenía muy buena clientela, me faltaban era manos pa’ trabajar. Pero yo todo lo que cogía era para mis gastos y todo lo demás era para la doctrina”* (Grupo focal realizado el 10 de abril de 2018). Clemencia estaba a cargo del comité social de la doctrina. Como parte de su labor, realizó un censo para determinar las necesidades de los miembros de comunidades desfavorecidas del municipio de Prado donde ella vivía, así como lo habían hecho décadas atrás las mujeres de Cerro Norte con los niños de su barrio. Con los resultados del censo pudo organizar la preparación y entrega de almuerzos (entre doscientos y trescientos) que hacía todos los domingos con el comité. Además en su microempresa de confección hacía ropa para la navidad de los niños y niñas de esas comunidades.

Durante la vejez, el ejercicio de cuidar de otros adquiere diferentes connotaciones para las mujeres mayores. Aquellas que siguen viviendo con su familia o cerca de ella, continúan cuidándola porque lo consideran un deber que les corresponde como madres, hermanas y abuelas. Este hace parte del ejercicio de su rol como cuidadoras, el cual continúan realizando las mujeres durante la vejez, pero con otros miembros de sus familias. Los modos en que realizan el rol de cuidadoras en el ámbito doméstico son cocinando para su familia, o ayudando a sus hijas e hijos con el cuidado de sus nietos, en algunas ocasiones. En general, están disponibles para sus familiares cuando sea necesario. Esto también depende de la prioridad ocupen sus hogares en su vida. Para mujeres como Carmen, que le da una fuerte importancia a su hogar y sus hijas, dedica más tiempo de su vida cotidiana al ámbito familiar que al comunitario. Otras mujeres como Clemencia, cuya familia vive en otro departamento, o Rosa quien no tuvo hijos ni se casó, y es distante de sus hermanos, utilizan su tiempo y energía en el espacio comunitario. Hermencia por su parte, encuentra el modo de usar su tiempo para realizar el trabajo de cuidado en el espacio doméstico, con su hermana, y en el comunitario con las abuelas.

Pero el cuidado de la comunidad tiene un sentido diferente que cuidar de sus familiares. Para las mujeres mayores el trabajo comunitario puede llegar a ser parte sustancial de sus vidas cotidianas durante la vejez. Hermencia comparte que su trabajo en el Club de Abuelos y sus demás labores comunitarias: *“Esto que yo hago [el trabajo en el Club] a mí me llena. El día que yo me quedo en la casa para mí es muy duro. Una vez intenté quedarme tres días en la casa y no, porque me siento muy sola, me da la llorona, me da como que no estoy haciendo nada, porque uno en la casa no descansa, se pone es a hacer el oficio”* (Entrevista realizada a Hermencia el 3 de agosto de 2018). Las mujeres mayores encuentran en el trabajo comunitario un camino para su enriquecimiento personal. En palabras de Ascensión: *“Uno aquí [en el Club] no sale con las manos llenas, pero con el alma llena”* (Apuntes de campo, 3 abril de 2018). Cuidar de la comunidad hace significativas sus experiencias vitales, les da sentido a sus vidas durante la vejez. El trabajo doméstico y el trabajo comunitario constituyen trabajos de cuidado pero subjetivamente tienen significaciones diferentes. Para ellas, el primero está al nivel de una obligación respecto a su posición dentro de las relaciones de parentesco y que deriva de su condición como mujeres; el segundo es la ocupación que ellas eligen para el momento actual de su curso vital.

Teóricamente se ha planteado las diferentes formas en que se relacionan las mujeres con el cuidado y la entrega a los otros. Lagarde plantea que las mujeres son definidas por su sexualidad. El eje de su vida social, de su identidad femenina y de su feminidad es su sexualidad para otros. Son seres-para-otros a partir de su cuerpo que procrea y complace a los demás; y seres-de-otros porque las relaciones que establecen con los demás son de dependencia vital (Lagarde, 2005). La construcción de la identidad femenina alrededor de la provisión de cuidados (D'Argemir, 1995; Ramos, 2015, 2018) es otra forma de plantear la condición de las mujeres como seres para otros. Más cuando teóricamente el cuidado ha sido definido relacionamente, respecto a los demás. El trabajo de cuidar implicaría entonces destinar la energía vital y el tiempo propios para los demás. En consecuencia, cuidar de los otros significaría que las mujeres renuncien a sí mismas, a sus necesidades, intereses y aspiraciones. Pero las vidas concretas de las mujeres no pueden reducirse a este supuesto. Como indica Hermencia, el trabajo comunitario con los abuelos:

Yo permanezco acá [en el Club de Abuelos] porque esto es parte de mi vida. Incluso yo he dejado de asumir cosas de mi familia, muchas cosas, porque esto me llena. Uno, porque me siento activa y lo otro porque acá uno aprende mucho con la gente, al escucharla, al que ellos lo escuchen a uno, al compartir un rato con una abuela, se aprende y se acompaña. Cuando veo este espacio lleno de mujeres tejiendo y compartiendo sus dolores, aquí; allá arriba, las abuelas aprendiendo a escribir digo: qué más le pide uno a la vida. Vale la pena, con todas las dificultades. Es algo muy bonito. Es muy gratificante. (Entrevista realizada a Hermencia el 3 de agosto de 2018)

Las experiencias reales de las mujeres son muestra de que el cuidado, cuando es realizado fuera del ámbito doméstico, es como cualquier otro trabajo. El trabajo comunitario para las mujeres mayores puede constituirse como una actividad vital en cuyo ejercicio se satisfacen las necesidades personales y se llega a la autorrealización. Esta es otra ruptura que se presenta en la vejez respecto a las etapas anteriores de las trayectorias de vida de las mujeres mayores. Anteriormente para ellas, el trabajo realizado en el espacio extradoméstico tenía valor en cuanto les aportaba un ingreso económico para sostener sus hogares. Durante la vejez, el trabajo comunitario no les da estos ingresos pero a mediante su ejercicio las mujeres un enriquecimiento y una realización personal.

El trabajo de cuidar de la comunidad incluso aporta a la dimensión afectiva de las mujeres mayores. Como cuenta Clemencia sobre su labor comunitaria en la doctrina de la que hacía parte: *“Yo me sentía la mujer más feliz de mi vida haciendo eso. Pero ya empezaron a hacerme la vida imposible, la hija que vive allá y el esposo, que yo metida en eso, que por qué no me salía. Al yerno lo trasladaron para Ibagué, entonces mi hija me dijo ‘Ay, mami. Usted no tiene quien le tranque la vida, camine conmigo. Allá va a hacer lo mismo que usted hace aquí’”* (Grupo focal realizado el 10 de abril de 2018). Clemencia le hace caso y se va con ellos a Ibagué, donde abrió otro salón. Su vida en Ibagué, sin embargo no la satisface, al estar privada del trabajo comunitario que venía realizando en la doctrina. En un día de trabajo, peluqueando a uno de sus clientes habituales, Clemencia desahoga con él, el desasosiego que su vida en Ibagué le generaba: *“Estoy aburrida. Estoy desesperada, tengo que meterme a una cosa. O irme o meterme a algo, aunque sea en los evangélicos pero necesito ocuparme en algo [...] Es que a mí lo que me gusta es la doctrina espírita pero es que aquí no debe haber”* (Grupo focal realizado el 10 de abril de 2018). Ante su confesión, su cliente le dijo que no había razón para su molestia, porque en Ibagué estaba presente la doctrina y podría continuar su labor. Allí puede darle continuidad a su vida que llevaba en Prado, siguiendo con su oficio, su negocio y su trabajo comunitario, hasta el momento en que sufre las extorsiones. De modo que participar de la vida comunitaria mediante el trabajo de cuidado, da dirección a las vidas de las mujeres mayores. Incluso puede llegar a tener mayor significación para ellas que la cercanía con su núcleo familiar, como se puede asumir que le ocurrió a Clemencia cuando tuvo que parar con su labor al momento de llegar a Ibagué, después de haber seguido a su hija.

Por otra parte, el cuidado de la comunidad puede estar mediado por la religiosidad de las mujeres mayores que lo ejecutan. La doctrina Espírita era la plataforma en la que Clemencia ejercía su trabajo comunitario en el Tolima. Ascensión por su parte, pertenece a una organización de la iglesia católica, la Legión de María, de la cual asume la presidencia de la curia. A través de ella realiza otras actividades comunitarias en Cerro Norte además del espacio del Club de abuelos. A pesar de que hacen parte de diferentes doctrinas religiosas en ambas comparten un ideal de servicio que se concreta en su trabajo de cuidado:

– *¿En qué se diferencia esa doctrina a la nuestra?* – le preguntó Ascensión.

– *Esa doctrina se diferencia de la doctrina católica porque allá es una escuela para el alma. Cómo le digo yo... uno aprende del alma de uno, aprende a que viene uno. Aprende uno a dejar el egoísmo, el rencor, la mentira, la envidia y a tratar de perfeccionarse uno* – respondió Clemencia.

– *Y de ser para servir y no para que me sirvan* – le interrumpió Ascensión.

– *Eso. A servirle a la humanidad, a practicar la caridad, el amor, sin esperar nada a cambio.* – Finalizó Clemencia (Grupo focal realizado el 10 de abril de 2018).

Trabajar para reconstruir el tejido comunitario

Ahora bien, para las mujeres mayores de Cerro Norte, su participación comunitaria está anclada a la historia y los mecanismos de organización que se han desarrollado en el territorio, desde su conformación. Este es el caso para Carmen, Hermencia, y en menor medida para Ascensión. Los modos en que estas mujeres participan en el ámbito comunitario durante la vejez están intrínsecamente ligados a sus intereses políticos sobre el territorio. Para algunas, es relevante despertar la acción asociativa de los miembros de Cerro Norte y reconstruir el tejido comunitario que se ha fragmentado paulatinamente durante las dos últimas décadas. Otras mujeres no voltean a mirar atrás en la historia de Cerro Norte; su participación corresponde a motivaciones personales.

Las mujeres han respondido de maneras diferentes a los cambios de su contexto y consecuentemente se han replanteado su participación en la vida comunitaria de Cerro Norte. Hermencia entiende *a la comunidad* como un sujeto colectivo, conformado por los vecinos de Cerro Norte quienes comparten unos mismos intereses y objetivos. Tal como el sujeto colectivo que existía en las décadas de 1970 y 1980, cuya identidad colectiva se consolidaba sobre la experiencia de unas condiciones materiales compartidas en esa época. Ella construyó esta imagen de la comunidad a partir de las dinámicas de organización y trabajo que instauraron los vecinos de Cerro Norte en esos años. Sin embargo, como Hermencia reconoce: “*Ya no trabajan en comunidad, es que como ya se acostumbraron que todo es gratis. Ese es el problema*” (Apuntes de campo, febrero 2 de 2018). En los últimos años el Estado y otras entidades, como organizaciones no gubernamentales y fundaciones sin ánimo de lucro han intervenido en Cerro Norte y a través de sus formas de intervención, han modificado los modos en que los vecinos del barrio participan y se organizan en el espacio

comunitario. Estos agentes externos al territorio han dotado al barrio de servicios públicos básicos y de recreación y han ofrecido programas de formación, recreación, subsidios y pensiones a su población vulnerable (como personas en situación de pobreza y adultos mayores). Para algunas abuelas y mujeres mayores del Club, incluida Hermencia, esta ha sido la causa de la fragmentación de la comunidad, pues los vecinos ya no trabajan ni se unen para solucionar sus problemas actuales, sino esperan de agentes externos que lo hagan por ellos.

En este sentido, Hermencia participa de la vida comunitaria con el objetivo de generar la acción asociativa de los miembros de Cerro Norte; su organización *en* comunidad; y la reconstrucción un tejido comunitario, actualmente deshilvanado. Es decir, su trabajo de cuidado de la comunidad es al mismo tiempo un trabajo comunitario con un sentido político expreso. Reavivar el sentido de comunidad requiere mantener vivas la formas de organización comunitaria que aún siguen existiendo. Es por ello que Hermencia, como cuenta: *“Yo por eso hay veces que me meto en tanta cosa, por no deja morir los proyectos. Y a veces la gente me dice ‘Pero es que usted se recarga’, pero a mí me da más dolor cerrar los proyectos [que recargarme]”* (Entrevista realizada el 3 de agosto de 2018). Para reconstruir al sujeto colectivo de *la comunidad*, Hermencia apela a las prácticas de participación en el ámbito comunitario y formas de organización colectiva que ha aprehendido en su experiencia en la vida comunitaria de Cerro Norte a lo largo de su trayectoria de vida. Por ello invitó a los abuelos a organizarse en “comités de trabajo autónomo” después de la salida de la Fundación Niños Jesús a inicios de 2018; incentiva a la realización de “ollas comunitarias”, es decir que los abuelos lleven alimentos para realizar los almuerzos o monedas para la alcancía con la que se paga el impuesto de la sede del Club.

La participación en el espacio comunitario como un modo de autorrealización de las mujeres no-viejas

En contraste con Hermencia, la participación de Carmen en los espacios comunitarios de Cerro Norte durante su vejez se desliga de los intereses políticos que solía tener durante su juventud. Al que igual que Hermencia, ella reconoce un cambio contextual de Cerro Norte: la entrada al territorio de nuevos actores estatales, fundaciones y organizaciones; una mejora en las condiciones materiales de sus vecinos; y unas nuevas generaciones de vecinos apáticos a la organización comunitaria. Carmen recuerda que: *“Yo fui una de las primeras habitantes*

del barrio. Esto por ahí en los setentas, ochentas uno convocaba a las personas y todas iban. Yo creo que era porque era algo que nos involucraba a todos. Cuando fuimos a pedir al acueducto todos iban y eran bien activos porque todos necesitaban acueducto. Pero ahora no, cada quién está en lo suyo” (Apuntes de campo, 8 de febrero de 2018). Carmen sin embargo, no tiene el propósito de trabajar para la reconstrucción de un sentido comunitario por parte de sus vecinos. Ella participa en el ámbito comunitario para realizar actividades para su autorrealización. El Club de Abuelos —y otros espacios en Cerro Norte para el encuentro comunitario—es un espacio para sí misma, y que le permite encontrarse con sus vecinas, sus pares y las abuelas, mientras colabora en su cuidado.

Las mujeres mayores encuentran el Club de Abuelos un espacio donde realizar actividades para su enriquecimiento personal durante la vejez. Este es el sentido principal que adquiere participar de la vida comunitaria para Carmen, Rosa y Clemencia. Rosa y Clemencia participaban de actividades realizadas en el Club que despertaran su interés. Rosa, por su parte, venía realizando con la Fundación Niño Jesús talleres de alfabetización para el adulto mayor, gracias a los cuales estaba aprendiendo a escribir y leer. Ella mostraba esperanza en que la Fundación volviera para retomar estos talleres. A finales de marzo de 2018, la Fundación volvió a dar este taller en las horas de la tarde a un grupo de adultos mayores, después que finalizaban las actividades formalmente del Club. Estas mujeres participaban de los talleres de lectura realizados por Biblored, y los talleres de recreación que daba el IDRDR los miércoles. Clemencia, por su parte hizo parte de un grupo de tejido de mujeres mayores que se reunían los miércoles en el Club, paralelamente a las actividades que realizábamos *las profes* con los abuelos.

Los viernes, se reunía un grupo de adultos mayores, hombres y mujeres en un lote ubicado cerca a la casa de Carmen. Allí tenía lugar actividades de agricultura urbana, de las que por general participaba un grupo pequeño de personas: don José, don Lucas, y don Marcos, tres hombres mayores a quienes casi nunca se les veía en la sede del Club. Rosa, Carmen y Hermencia, quienes asistían todos los viernes sin falta. Una que otra vez iba alguna abuela, pero no podía realizar el trabajo de labrar la tierra, debido al esfuerzo físico que requería al sol que quemaba nuestras caras. Yo acompañaba a estas personas y hacía con mis manos, la labor deshierbar el lote. Es decir, arrancaba los pastos largos para dejar la tierra

lista para sembrar. Después con ese pasto cubríamos la tierra para que el sol no la quemara. Estas otras personas picaban la tierra y la sembraban. A mí me quitaron las picas y las palas porque no sabía utilizarlas, e incluso el grupo se reía a veces de mi falta de destreza. Por eso hacía la labor de deshierbe manualmente. Carmen se aquejaba de dolores de cadera que le impedía realizar la tarea pero eso no impedía que faltara. Ella preparaba un refrigerio para dar a todo el grupo después de la actividad. Carmen salía hacer un peto o un dulce con las papayuelas que crecían en su huerta. Yo iba hasta su casa y la ayudaba a cargar las ollas donde cargaba el refrigerio.

Redes de mujeres, redes de cuidado

Los espacios que las mujeres mayores de este cohorte generacional han ocupado a lo largo de sus vidas, los han compartido otras mujeres. Empezando por el hogar, espacio que han compartido con sus madres, hermanas, tías, primas, hijas, nueras. Los oficios en que se han desempeñado tanto en su niñez, juventud y adultez han sido preponderantemente de cuidado, como trabajadoras domésticas, enfermeras, madres comunitarias o amas de casa. La feminización de los cuidados ha propiciado que los lugares de trabajo asalariado y de trabajo comunitario sean espacios de encuentro entre mujeres. Especialmente en los espacios de encuentro comunitario, pues estas actividades requieren del encuentro de muchas personas, mientras que los trabajos de cuidado que las mujeres han debido realizar para tener recursos, como el trabajo doméstico, son más bien oficios que ellas realizaban sin compañeras. Todas estas redes sociales que tejen las mujeres a lo largo de sus vidas se constituyen potencialmente como redes de cuidado.

Las redes sociales entre mujeres funcionan potencialmente como redes de personas que cuidan entre sí. Son primariamente los vínculos familiares que establecen las mujeres los que sirven de redes de apoyo y de cuidado. Recordemos que una de las primeras formas de socialización de las mujeres en el cuidado, fue hacerse responsables de sus hermanos y hermanas menores desde edades tempranas. Han sido las mujeres, quienes en otras etapas de su vida se han hecho cargo de sus sobrinos cuando son pequeños, ayudando a que sus hermanas puedan hacer parte del mercado laboral. Así me lo han contado las mujeres de quienes he expuesto extractos de sus vidas en estas páginas, en nuestras conversaciones casuales en el Club de Abuelos, mientras las acompañaba en la cocina, o compartiendo un

tinto, mientras caminábamos por las empinadas calles de Cerro Norte, o demás momentos de mi trabajo de campo han compartido conmigo entre ellas y con otras mujeres del Club estas circunstancias de sus vidas que les son comunes.

El encuentro cotidiano con sus vecinas, en el espacio público de la calle, la tienda, en los jolgorios del barrio; en los encuentros y espacios comunitarios son propicios para la creación de lazos de amistad entre mujeres. Este tipo de relaciones sustituyen la compañía y el auxilio de las relaciones entre mujeres al interior de la familia cuando estas son ausentes o débiles. Así le sucedió a Rosa, recién llegó a Cerro Norte, cuando se jubiló de trabajar toda su vida como empleada doméstica:

—Cuando yo llegué acá [a Cerro Norte], hace ya como treinta años, a hacer mis cuatro paredes yo decía: “Por acá con quién hablo”. Porque yo llegué que no conocía a nadie, solo a mi hermano, pero yo con él casi ni me hablo —narró Rosa— Entonces ya empezamos a encontramos con Carmen ahí en su casa, a hablar y a estar con ella. Nos poníamos a reír y a charlar y de todo. Ella me decía: “¿Usted no está aburrida allá en su casa? Véngase para acá y me ayuda”. Y yo le dije: “Bueno. [...] Ella dice que se siente cansada, a veces dice: “Me siento sola”. Y yo le digo: “No, tranquila, yo vengo y le ayudo”, y le estoy ayudando ahí [en su casa]. Entonces por eso fue por lo que qué día me llevaron [la familia de Carmen] a Monserrate. Y ellas [sus hijas] me dicen que no deje estar ahí con la mamá que ella es de malgenio pero que hay que estar con ella.

—O sea que ustedes dos son bien amigas —le pregunté a Rosa.

—No ve que yo le decía, ya no, mi mamá Carmen. Y eso que yo soy mayor de ella, harto —respondió Rosa.

—Yo un día fui y me quedé con ella [con Carmen] toda la tarde —comentó Ascensión—. Y llegó el niero y me dio las gracias. Y yo decía por qué me da las gracias, qué hice. Y me dijo: “Por estar acá con la señora Carmen”. (Grupo Focal realizado el 10 de abril de 2018).

Como Ramos concluye, la destreza de las mujeres para mantener y establecer vínculos familiares, de amistad y vecinales sirven de resorte a la adversidad y les da oportunidades más amplias a su proyecto de vida (2015, p. 424). Las relaciones vecinales hiladas entre las

mujeres mayores durante décadas sirven entonces como una red inmediata para ofrecer apoyo y compañía en la vida cotidiana durante la vejez.

Las redes de cuidado se extienden más allá de las mujeres que las conforman y cobijan a aquellas personas a quienes las mujeres dirigen sus cuidados. De modo que las abuelas y abuelos del Club son beneficiarios de las redes de cuidado de las mujeres mayores que velan por ellas y ellos. Ellos quedan cobijados por múltiples redes, pues cada mujer hace parte de diferentes urdimbres, correspondientes a las relaciones que han establecido con otras mujeres en los ámbitos domésticos, laborales y comunitarios. Ello se puede hacer evidente en la siguiente historia narrada por Ascensión:

—El año antepasado cuidé a una paciente por allí que me recomendaron hasta que ella falleció, pero yo no sé qué me inspiró esta abuela —empezó a contar Ascensión—. Si me tocaba bajar a las cuatro de la mañana [a cuidarla] yo me venía, sola; si me tocaba ir allá [a los hospitales] a pelear por ella como si fuera mi amiga, mi mamá, mi familiar, mi todo... porque no nos daban la medicina, o porque no nos atendían por llegar tarde dos minutos.

—Ascensión era la que estaba pendiente de todo. De las sondas, la cambiaba, la bañaba... —añadió Hermencia.

—Para ella, ¿sabe dónde conseguí comida? —prosiguió Ascensión— Primero acá [en el Club], luego con una vecina, después abajo con la Asociación de San Vicente de Paula. ¿Cómo llegué yo allá? Un día venía de la droguería de conseguirle medicamentos a ella y estaban en la cafetería dos compañeras de la clínica, me entré a saludarlas y hablar y yo les conté todo. No sabía que ellas estaban vinculadas con ello. Me dijeron: “el viernes venga a la parroquia”. Ellas me anotaron, me arreglaron todos los papeles, me hicieron todo, solo me pidieron presencia: “mensualmente usted viene y lleva su mercado”, y me lo daban... llovió de todo, nos daban papel higiénico, nos daban de todo. Cuando ella falleció hasta que la enterramos, me dieron. Para el entierro no alcanzó la póliza que estaban pagando y pedíamos plata, me recogieron acá [en el Club de Abuelos], me recogieron en el Hogar Infantil, en la Junta de Acción Comunal, hubo otra asociación que nos ayudó para eso. Todo eso nos ayudó y sobró plata y yo se la entregué a la muchachita [a la hija]. Le dije: “Mire. Quedó esto, tome”.

—Yo le ayudaba a ella [a Ascensión] a ir a ver a la señora —comentó Rosa—
Cuando a ella le tocaba ir por allá a traer las cosas, los medicamentos, yo iba y les
hacía el almuerzo. La acompañaba a ella y ahí era que yo me daba cuenta de que la
hija se levantaba, se bañaba, se pispeaba y hasta luego.

—Si ustedes no la cuidan qué hubiera pasado con esa señora... —comenté.

—La familia la hubiera llevado a un ancianato y allá la dejan tirada y punto
—respondió Ascensión.

—Y ella planeaba no ir a un ancianato porque ella decía: yo tengo que morir
en mi casa – finalizó Hermencia (Grupo focal realizado el 10 de abril de 2018).

Estas redes de cuidado que sostienen las mujeres mayores sirven a los abuelos de Cerro Norte, traspasando los muros del Club. A ellos les otorga una protección y cuidados en caso de tener una familia ausente, de quienes las mujeres mayores (y las abuelas) esperan que sean los primeros responsables por los abuelos y abuelas. Así, los abuelos de Cerro Norte quedan amparados por una cadena de mujeres mayores, dispuestas a hacer uso de sus recursos, capacidades y contactos para suplir la falta de apoyo y la compañía de sus núcleos familiares. Gracias a las relaciones que han tejido las mujeres entre sí a lo largo de sus trayectorias vitales, ellas pueden amortiguar las situaciones de abandono de los abuelos, ayudándoles a vivir dignamente sus últimas etapas.

Las mujeres mayores mediante su trabajo de cuidado hacen posible que las abuelas y abuelos de su comunidad, tengan otra opción para vivir la vejez, que se diferencia de los estereotipos y estigmas sociales que la visten como una espera pasiva a la muerte. Como lo describe una de las abuelas, el Club es un espacio que “*Nos da bases para continuar nuestra vejez*” (Apuntes de campo, 3 abril de 2018). Gracias al trabajo de cuidado realizado por las mujeres mayores, el Club ofrece una alternativa para vivir la vejez mediante la utilización del tiempo libre en actividades que sean provechosas para las abuelas y abuelos. Ello va desde reunirse a pasar un rato de compañía mutua, compartiendo la charla y el chisme, a ofrecer programas de alfabetización para aquellas y aquellos, que no tuvieron la oportunidad de leer y escribir temprano en sus vidas, pasando por las caminatas esporádicas a diferentes partes de la ciudad, hasta los servicios de salud que pueden recibir gracias a los convenios institucionales que encuentran las mujeres mayores, especialmente Hermencia, quien se encarga de buscarlos.

Mediante la participación en la vida comunitaria de Cerro Norte de este grupo de mujeres mayores, podemos poner en cuestionamiento el estigma de la inutilidad social que acompaña la vejez. Por una parte, porque mediante los trabajos de cuidado comunitario, específicamente de las y los abuelos del Club, las mujeres mayores aportan a sus comunidades fuera de los estándares capitalistas de producción y productividad. Se trata de mujeres mayores que cuidan de otras personas mayores en condición de vulnerabilidad. Ellas evidencian que durante la vejez, incluso si es en una etapa temprana, las personas pueden aportar socialmente de otros modos a los que venían aportando a lo largo de su vidas a través de sus oficios en la economía de mercado. Cuando son mayores, las mujeres por la socialización que han tenido en el cuidado a la largo de su experiencia vital aportan a sus comunidades mediante el ejercicio de actividades en las que velan y mantienen relaciones estrechas con aquellos que son vulnerables, que para este caso son los abuelos de Cerro Norte¹⁵. Este modo de ser útiles socialmente es visible en las vidas concretas de las y los abuelos quienes pueden tener otras posibilidades de vida durante la vejez.

El otro modo en que las mujeres mayores rompen con el estigma de la inutilidad social es a través de la independencia que adquieren en esta etapa y de la autonomía que demuestran en la cotidianidad. Las personas mayores por definición no son dependientes, una carga para alguien más, por el contrario, con el cuidado de los abuelos de su comunidad, las mujeres mayores ayudan a alivianar el peso que puede llegar a significar hacerse responsable de un adulto mayor en estado de senilidad. No solo están en capacidad por responder por sí mismas sino que además protegen de otros adultos mayores (las abuelas y los abuelos) que ya no tienen la capacidad de velar por sí mismos. De modo que en el Club de Abuelos podemos observar diferentes formas de vivir la vejez, que enriquecen la comprensión de esta categoría social a través de las experiencias cotidianas de las personas que conforman este espacio.

¹⁵ En Cerro Norte los niños y niñas también se encuentran en una condición vulnerable según los miembros de la Coordinadora de Organizaciones Populares, a las que pertenece el Club de Abuelos “Los Conquistadores”. Sin embargo, de la niñez están encargadas las profesoras de los Hogares Infantiles. No me extiendo en ello porque no responde a los objetivos propuestos.

Conclusiones

Mi objetivo en esta monografía era analizar las trayectorias de participación en la vida comunitaria de un grupo de mujeres mayores del Club de Abuelos “Los Conquistadores” del barrio Cerro Norte, en Bogotá, mediante el ejercicio de un trabajo de cuidado, de trabajo comunitario y de actividades de realización de sí mismas. Para responder a la pregunta sobre de qué modos las trayectorias de participación en la vida comunitaria posibilitan formas particulares de vivir la vejez, me acerqué al problema desde una perspectiva de análisis en la que entrelacé la vejez, la participación, y el cuidado. Este enfoque me permitió comprender como las trayectorias de vida de las mujeres se ven afectadas por el cuidado como un mandato de género. A través de este acercamiento reconstruí el proceso de socialización en el cuidado de un grupo de mujeres mayores desde su infancia, en el ámbito doméstico, como paso previo para comprender uno de sus modos de inserción en la vida comunitaria. Acercarme a las vidas de las mujeres mayores teniendo en consideración los contextos particulares en donde se han desenvuelto sus trayectorias de vida, me permitió entender cómo las mujeres deciden participar en el espacio comunitario mediante el ejercicio de su agencia con fines transformadores de sus condiciones materiales de vida adversas.

En el primer capítulo me enfoqué en explorar los modos en que se han construido las trayectorias de participación en el ámbito comunitario, que han ejercido las mujeres mayores antes de la vejez. Primero me encargué de abordar la socialización de las mujeres en el cuidado, pues cuidando de los otros es uno de los modos en que ellas han participado de la vida comunitaria en los diferentes momentos de su trayectoria vital. Las mujeres se socializaron en el cuidado durante su niñez, asumiendo junto con sus madres la responsabilidad de cuidar de sus hermanos, en primera instancia; y de sostener el hogar asumiendo el rol de proveedoras, cuando fuese necesario. La decisión de participar en el espacio comunitario responde a una extensión de su rol como cuidadoras del hogar. En las organizaciones comunitarias, las mujeres también terminaron realizando trabajos de cuidado, correspondientes al cuidado de los hijos de sus vecinas. Esta es una forma estratégica de asumir el cuidado, para las mujeres que son madres en contextos de bajos recursos (Zibecchi, 2014). Las mujeres además, agencian sus tiempos y hacen uso estratégico de la informalidad

laboral para poder ejercer tres trabajos en una sola jornada: el cuidado de sus hijos, el ejercicio de una labor remunerada, y el trabajo de cuidar a la comunidad.

Tener en cuenta los contextos de vida particulares donde se desarrolla la vida comunitaria de las mujeres mayores, ayuda a comprender otras motivaciones y razones por las que decidieron participar de la vida comunitaria. Para las mujeres de Cerro Norte, participar de las instituciones gestadas en comunidad facilitaba el cumplimiento de las responsabilidades que caían sobre sus hombros. Al participar como profesoras de la Escuela Popular Infantil o de los Hogares Infantiles les era posible cuidar de sus hijos pequeños, tener un reconocimiento económico para sostener sus hogares, y cuidar a los hijos de vecinas y vecinos quienes por sus jornadas laborales y recursos limitados no podían costear un particular para hacer este trabajo. Pero además, participar en la vida comunitaria respondía a las necesidades colectivas basadas en una experiencia de segregación y de carencias materiales. Participar en el ámbito comunitario mediante las jornadas de trabajo, las marchas por los servicios, por los derechos y como representantes de la comunidad en la Junta de Acción Comunal, eran formas de acción movidas por intereses políticos particulares a estos contextos.

En el segundo capítulo me enfoqué en los significados que tienen para las mujeres mayores su participación de la vida comunitaria, específicamente en la etapa de la vejez. Esta es una etapa, para las mujeres de un cohorte generacional entre los 62 y los 77 años, donde confluyen varios aspectos que les permiten a ellas tener un espacio y tiempo libre, que pueden utilizar para sí mismas. En esta etapa sus hijos ya son adultos que responden por sí mismos, generalmente independientes económicamente. También en esta etapa ellas han desatado o por lo menos aflojado sus lazos conyugales. Ambas situaciones las libera de la responsabilidad absoluta por el hogar, tanto de la provisión de recursos económicos como de cuidados. Además, por sus edades cronológicas han sido obligadas a salir del mercado laboral, lo que convierte su tiempo destinado hacia su oficio en tiempo libre. Ante esta nueva situación que viven las mujeres mayores, de tiempo libre y autonomía para decidir sobre él, ellas deciden participar del ámbito comunitario, donde se encuentran con sus pares y realizan actividades en las que ven por los demás, pero que al mismo tiempo permiten su enriquecimiento personal.

En este sentido, los modos en que la participación comunitaria se constituye como una actividad significativa para las mujeres mayores durante la vejez son varios. Uno de ellos, porque le da estructura a su día a día. Para las mujeres constituye un trabajo, un oficio como cualquier otro, que les permite cultivarse y autorrealizarse. Otro, es que les permite sentirse activas y útiles socialmente, en ello encuentran una continuidad con el conjunto de su trayectoria vital: les hace sentirse mujeres joviales. Esto es motivo de orgullo para ellas pues no se vean a sí mismas como *viejas*, en un sentido peyorativo construido socialmente. Otro modo en que adquiere sentido la participación comunitaria, mediante el ejercicio de trabajo comunitario, es a partir del significado que tiene *la comunidad* para las mujeres mayores de Cerro Norte. Esto se entiende por el valor que den las mujeres a la historia de su territorio, cimentada para ellas sobre la unión y el trabajo de la comunidad. Así, algunas participaron en la vida comunitaria mediante el ejercicio del trabajo comunitario, de acuerdo con sus intereses por reconstruir el tejido de la comunidad.

A pesar de que teóricamente el *cuidado* se ha abordado relacionadamente, generalmente de las mujeres respecto a los otros, las experiencias vitales de este grupo de mujeres muestran que la participación comunitaria a través del trabajo de cuidado puede ser una actividad para sí mismas. Cuando eran adultas, y debían asumir la responsabilidad absoluta por el hogar, el cuidado de la comunidad les permitía realizar en un mismo espacio varios trabajos: cuidar de sus hijos, de los niños de la comunidad, y al mismo tiempo consistía en un empleo, con un salario que les permitía sostener sus hogares. Además, esta actividad les permitió a algunas mujeres desarrollarse personalmente porque podían ampliar sus horizontes y sus preocupaciones más allá de los límites de sus casas y sus familiares, y profesionalmente porque en las instituciones de Cerro Norte se alentaba a las mujeres y se les daba facilidades para que se capacitaran en aquello que les apasionaba.

Esto ayuda a repensar los acercamientos teóricos sobre dos cuestiones íntimamente ligadas: las mujeres y el cuidado. Concretamente, las mujeres como seres de y para otros (Lagarde, 2005); y el cuidado como una disposición y una acción encaminadas hacia los demás (Molinier & Legarreta, 2016). Entonces, la existencia de las mujeres estaría conformada en una dimensión ontológica y en una material, hacia los otros: ser para otros y vivir sus vidas para ellos. Si bien la disposición moral hacia el cuidado no es exclusiva de las

mujeres sino de aquellas personas cuya experiencial moral se basa en el trabajo específico de ocuparse de los demás (Arango & Molinier, 2011, p. 16). Son especialmente las mujeres quienes realizan tareas de este tipo, ya sea porque son estos los empleos a los que tienen mayor acceso, o porque se espera de ellas realizar estos trabajos en el ámbito doméstico.

En las trayectorias vitales de estas mujeres podemos ver el autocultivo y la satisfacción personal en la tarea de velar por los demás, por un lado. Y por el otro lado, que las mujeres también practican el cuidado de sí mismas durante la vejez, al dejar de asumir sus responsabilidades de cuidado, y encontrar espacios y actividades que las alimenten. De modo que la realización subjetiva y material del cuidado (Molinier & Legarreta, 2016) (y de la identidad e incluso la condición femenina) no implica que las mujeres se olviden a sí mismas. Las mujeres pueden encontrar la autorrealización mediante diferentes formas de participar en la vida comunitaria, incluyendo el cuidado de la comunidad. Además, definido como un tipo de relación entre dos sujetos, el cuidado así entendido, impide analizar las prácticas de autocuidado.

Para finalizar, quiero resaltar la interesante historia de participación política y comunitaria de las mujeres de Cerro Norte, quienes una tras otra generación ha aportado a la construcción del territorio. Las mujeres mayores cuyos fragmentos de sus vidas consigné en estas páginas son solo unas cuantas de ellas, quienes han encontrado diferentes mecanismos a lo largo de sus cursos vitales para velar por los miembros más vulnerables de la comunidad. A los procesos que comenzaron en los setenta con la creación de Hogares Infantiles y otros procesos para la atención de la niñez y la juventud se les ha podido dar continuidad, en parte gracias al compromiso de mujeres de nuevas generaciones con estos proyectos. De mi trabajo en el Club de Abuelos “Los Conquistadores”, con mi acompañamiento a abuelas y abuelos, además de las mujeres mayores, puede vislumbrar lo que podría plantearse como diferentes modelos o formas de vivir la vejez, que yo delimité de acuerdo con el género, la edad cronológica y la edad social (atribuida).

De modo que este trabajo abre las puertas a variados caminos de investigación futuros. Entre ellos, los estudios sobre los procesos de construcción de territorios “desde abajo” o de acción social colectiva, que tengan en cuenta los modos particulares en que las mujeres trabajan por la construcción de sus territorios. Por un camino similar, esta

monografía sirve como un llamado para futuros estudios sobre las dinámicas propias del trabajo comunitario estructuradas según el género en contextos urbanos, o para realizar un estudio comparativo entre diferentes espacio urbanos como con contextos rurales. También invita a indagar explícitamente la relación entre género, vejez y territorialidad, el cual fue uno de mis primeros objetivos con los que entré a campo, pero por su amplitud tuve que delimitar para dar como resultado esta monografía.

Finalmente quisiera concluir reiterando que es fundamental un acercamiento a las trayectorias vitales en conjunto de las mujeres mayores, para entender los modos en que sus trayectorias de participación comunitaria permiten experiencias particulares de vivir la vejez. Comprender la experiencia vital de estas mujeres me permitió entender su etapa vital actual como un todo, en el que la decisión de formar parte de la vida comunitaria en el ejercicio de cuidar a los miembros vulnerables, en el ejercicio de actividades para sí mismas, o en el ejercicio de un trabajo con fines políticos. Estas decisiones adquieren sentido cuando comprendemos sus frustraciones, anhelos y aspiraciones. Los cuales están en un diálogo con el pasado, con las decisiones que han tomado y las situaciones que han tenido que vivir a lo largo de sus trayectorias vitales.

Bibliografía

- Aguilera Morales, A., González Terreros, M. I., & Torres Carrillo, A. (2015). *Reinventando la comunidad y la política: formación de subjetividades, sentidos de comunidad y alternativas políticas en procesos organizativos locales*. Bogotá: Universidad Pedagógica Nacional.
- Arango, L. G., & Molinier, P. (2011). El cuidado como ética y como trabajo. In L. G. Arango & P. Molinier (Eds.), *El trabajo y la ética del cuidado* (pp. 15–22). Medellín: La Carreta Editores.
- Archila, M. (2005). *Idas, venidas, vueltas y revueltas. Protestas sociales en Colombia 1958-1990*. Bogotá: Siglo Del Hombre Editores.
- Barbero, J., & Cortés, F. (2005). El Trabajo Comunitario y su delimitación. In *Trabajo comunitario, organización y desarrollo social* (pp. 17–38). Madrid: Alianza Editorial.
- Blanco, M. (2011). El enfoque del curso de vida: orígenes y desarrollo. *Revista Latinoamericana de Población*, 5(8), 5–31.
- Bravo Almonacid, F. (2014). Aproximaciones teóricas al estudio de la vejez y el envejecimiento. VIII Jornadas de Sociología de la UNLP, 3 al 5 de diciembre de 2014. *Memoria Académica*. Retrieved from http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/trab_eventos/ev.4547/ev.4547.pdf
- Briceño-León, R. (1998). El contexto político de la participación comunitaria en América Latina. *Cadernos de Saúde Pública*, 14(Sup. 2), 141–147. <https://doi.org/10.1590/s0102-311x1998000600013>
- Caballero, M. T., & Jordi, M. J. (2004). *El trabajo comunitario: alternativa cubana para el desarrollo social*. Cuba: Editorial Ácana.
- D'Argemir, D. C. (1995). *Trabajo, género, cultura. La construcción de desigualdades entre hombres y mujeres*. Barcelona: Icaria editorial.
- De Beauvoir, S. (2013). *La vejez*. Bogotá: Random House. Debolsillo.
- de Gastron, L., & Oddone, M. J. (2008). Reflexiones en torno al tiempo y el paradigma del curso de vida. *Perspectivas En Psicología*, 5(2), 1–10.
- del Valle, T. (2002). Contrastes en la percepción de la edad. In V. Maquieira D'Angelo (Ed.), *Mujeres mayores en el siglo XXI. De la invisibilidad al protagonismo* (pp. 45–58). Madrid:

Instituto de Migraciones y Servicios Sociales (IMERSO).

Duque Daza, J. (2010). *Saberes aplicados, comunidades y acción colectiva*. Cali: Universidad del Valle.

Esguerra Pardo, B. N. (1988). Los programas gubernamentales y la participación comunitaria en la Colombia actual. Un modelo de análisis. In *Participación comunitaria y cambio social en Colombia* (pp. 91–100). Bogotá: Editorial Presencia Ltda.

Fals Borda, O. (1988). Democracia y participación. Algunas reflexiones. In *Participación comunitaria y cambio social en Colombia* (pp. 9–18). Bogotá: Editorial Presencia Ltda.

Federici, S. (2013). *Revolución en punto cero. Trabajo doméstico, reproducción y luchas feministas*. Madrid: Traficantes de Sueños.

Feixa, C. (1996). Antropología de las edades. In Joan & M. Á. Prat (Eds.), *Ensayos de Antropología Cultural. Homenaje a Claudio Esteva-Fabregat* (pp. 319–335). Barcelona: Editorial Ariel.
Retrieved from <http://www.cholonautas.edu.pe/modulos/biblioteca2.php?IdDocumento=0096>

Freixas, A. (2008). La vida de las mujeres mayores a la luz de la investigación gerontológica feminista. *Anuario de Psicología*, 39(1), 41–57.

Gómez García, P. (1995). Culminación del curso vital. Para una antropogerontología. *Gazeta de Antropología*, 11(7), 1–10.

Grassi, E. (2003). El asistencialismo en el Estado Neoliberal. La experiencia Argentina de la década del 90. *Revista Electrónica de Estudios Latinoamericanos E-L@tina*, 1(4), 29–51.

Hataya, N. (2010). *La ilusión de la participación comunitaria. Lucha y negociación en los barrios irregulares de Bogotá 1992-2003*. Bogotá: Universidad Externado de Colombia.

Humberto, R., & Corredor, T. (2013). Dinámicas de las construcciones por usos de la localidad de Usaquén en los años 2000 y 2012. *Observatorio Técnico Catastral*. Retrieved from https://www.catastrobogota.gov.co/sites/default/files/19_0.pdf

Instituto Colombiano de Bienestar Familiar. (n.d.). El Instituto. Retrieved from <https://www.icbf.gov.co/instituto>

Instituto Colombiano de Bienestar Familiar. (2014). Distribución, cuidado y uso de un alimento de

- alto valor nutricional. Bienestarina. Retrieved from <https://issuu.com/icbfcolumbia/docs/cartillabienestarina.pdf>
- Keith, J. (1980). "The Best Is Yet To Be": Toward An Anthropology of Age. *Annual Review of Anthropology*, 9(1), 339–364. <https://doi.org/10.1146/annurev.an.09.100180.002011>
- Klein, A. (2016). De la ancianidad al adulto posmayor. *Desacatos*, 50, 156–169. Retrieved from <http://www.redalyc.org/pdf/139/13943562011.pdf>
- Lagarde, M. (2005). *Los cautiverios de las mujeres: madresposas, monjas, putas, presas y locas*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Lamas, M. (1996). La perspectiva de género. *Revista de Educación y Cultura*, (8), 14–20. Retrieved from <http://www.latarea.com.mx/articu/articu8/lamas8.htm>
- Martín, M. T. (2011). "Domesticar" el trabajo: una reflexión a partir de los cuidados. In L. G. Arango & P. Molinier (Eds.), *El trabajo y la ética del cuidado* (pp. 67–87). Medellín: La Carreta Editores.
- Martínez, M. R., Morgante, M. G., & Remorini, C. (2010). Etnografía, curso vital y envejecimiento. Aportes para una revisión de categorías y modelos. *Perspectivas En Psicología*, (13), 33–52.
- Molinier, P. (2011). Antes que todo, el cuidado es un trabajo. In L. G. Arango & P. Molinier (Eds.), *El trabajo y la ética del cuidado* (pp. 45–64). Medellín: La Carreta Editores.
- Molinier, P., & Legarreta, M. (2016). Subjetividad y materialidad del cuidado: ética, trabajo y proyecto político. *Papeles Del CEIC*, (1), 1–14.
- Osorio, P. (2006a). Abordaje antropológico del envejecimiento y el alargamiento de la vida, 16. Retrieved from http://uom.uib.cat/digitalAssets/309/309386_cecilia1.pdf
- Osorio, P. (2006b). La longevidad : más allá de la biología. Aspectos socioculturales. *Papeles Del CEIC*, 1–28.
- Pujadas, J. J. (1992). *Cuadernos metodológicos. El método biográfico: el uso de las historias de vida en ciencias sociales*. Madrid: Centro de Investigaciones sociológicas.
- Pujadas, J. J. (2000). El método biográfico y los géneros de la memoria. *Revista de Antropología Social*, 9, 127–158.

- Quiroga Díaz, N. (2014). Economía del cuidado. Reflexiones para un feminismo decolonial. In K. Espinosa, Yurdekys; Gómez, Diana; Ochoa (Ed.), *Tejiendo de otro modo: Feminismo, epistemología y apuestas descoloniales en Abya Yala* (pp. 161–179). Popayán: Editorial Universidad del Cauca.
- Ramos, M. (2015). *Mujeres mayores: estudio sobre sus necesidades, contribuciones al desarrollo y participación social. Tesis Doctoral*. <https://doi.org/10.1174/021435502753511268>
- Ramos, M. (2018). Estudio etnográfico sobre el envejecer de las mujeres mayores desde una perspectiva de género y de curso vital. *Revista Prisma Social*, 21, 75–107.
- Redacción El Tiempo. (1993, November). Cocinol: la coca azul. *El Tiempo*.
- San Sebastián, Á. (2016). Las mujeres en los espacios comunitarios. «La matriz comunitaria de sociabilización», un espacio político en gestación? Las manzaneras de San Cayetano, Campana, Argentina. *Des Brèches Dans La Ville*, 2006, 83–112.
<https://doi.org/10.4000/books.iheid.6555>
- Silva, S. (2009). La Teología de la Liberación. *Teología y Vida*, L, 93–116.
- Torres Carrillo, A. (2007). *Identidad y política de la acción colectiva. Organizaciones populares y luchas urbanas en Bogotá 1980-2000*. Bogotá: Universidad Pedagógica Nacional.
- Velásquez, F., & González, E. (2003). *¿Qué ha pasado con la participación ciudadana en Colombia?* Bogotá: Fundación Corona.
- Zibecchi, C. (2014). Trayectorias de mujeres y trabajo de cuidado en el ámbito comunitario: algunas claves para su estudio. *La Ventana*, (39), 97–139.